

RETRATOS

de Mujeres

3€

01.



“Para la mayor parte de la historia, ‘Anónimo’ era una mujer”

Virginia Woolf

Estimado lector,

Nos va a permitir que ya desde el primer número nos dirijamos a usted con cierta estima. Lo que a continuación le presentamos no es sólo un proyecto periodístico más. Déjenos que le contemos.

Cada año entran en las universidades centenas de jóvenes que, engatusados por la romántica idea de vivir de sus escritos, acaban colmando las clases de periodismo. Pocos atisban, en esos momentos, que nada queda ahora en las redacciones de la herencia literaria de Julio Camba o Manuel Chaves Nogales, solo por destacar dos. El arte de contar historias es atropellado por la inminente y feroz actualidad, que encorseta la prensa escrita a la sucesión ininterrumpida de hechos aislados. Todos sabemos que el periodismo pretende informar y el debate de cómo efectúa sus propósitos no es una cuestión a litigar en estas líneas. Si bien, sí resulta fundamental para nuestro proyecto subrayar que en el proceso de hacer de noticias la realidad, los medios de comunicación supeditan su actividad a la objetividad, la veracidad, los hechos, la exclusividad... valores que, evidentemente,



A quien pueda interesar

se vienen desvirtuando por la connivencia del poder económico, político y mediático. He aquí la importancia de un proyecto destinado a romper con el yugo de la noticiabilidad y con la servidumbre al apresurado ritmo informativo. A todo esto, no son menos periodísticos otros géneros que no utilizan los acontecimientos como materia prima, pero ayudan a los espectadores a documentarse y situarse frente a ellos.

Con todo, venimos a ponderar las encomiables bondades de la entrevista perfil. También conocida como semblanza. Orientada a la realización de un retrato escrito que combina datos bibliográficos, profesionales, íntimos... con la capacidad de un relato eminentemente narrativo para transportarle en el tiempo y el espacio. Es decir, una muy buena forma de instrumentalizar la actualidad, no más que para enmarcar a aquellos personajes que la conforman y que también tienen mucho que ver con nosotros mismos en un marco distendido de lectura. Así, *Retratos*, nace como una publicación destinada a albergar la más íntima narración de vida de personajes que usted mismo ha colocado en el punto de mira de la sociedad.

Cada tres meses podrá acudir a una relajada cita con el papel, la tinta y cuatro protagonistas que comparten inquietudes, profesión, discurso...

Y es que tampoco pretendemos acelerarnos con un proyecto diario que acabe disipando la principal pretensión de esta revista, que es hacer de la divulgación literaria, del gusto por la lectura, de nuestra gran pasión, una forma honrada, y por qué no lucrativa, con la que ganarnos la vida. Conseguir dar nuevas alternativas a aquel afán que nos empujó a estudiar una profesión a todas luces maltratada y desacreditada. Reivindicar el papel como el formato ideal para un periodismo más pausado y reflexivo. Y lo más importante, compartir con usted la frustración del escritor cuando la inspiración lo esquiva, las horas muertas frente a un cursor parpadeante, las noches bajo la tenue luz de un flexo, seguidas de mañana de borrones y correcciones pero, sobre todo, la emoción en el instante en el que por fin se encuentran las palabras.

*Con cariño, la redacción de
Retratos*

RETRATADAS

Número 01

Septiembre 2018



Teresa Rodríguez

*Diputada por Podemos en
el Parlamento de
Andalucía*



Marina Fernández

Cantante



Sara Fernández

Atleta paralímpica



Mariana Cordero

Actriz

- Dos caras en la alternativa -

TERESA RODRÍGUEZ

“Es difícil ser mujer en todos los aspectos de la vida, exceptuando el ámbito de lo doméstico, que es lo habitualmente reservado para las mujeres”

En la actualidad encabeza la lista de Podemos Andalucía, pero viene formando parte del joven partido desde sus inicios, dándose a conocer a partir de aquella elección como eurodiputada en 2014. Si bien, la lucha y la responsabilidad social parecen una constante en la rotación. En la universidad encontró el nicho perfecto para encauzar ese esperanzador sentimiento de injusticia capaz de mover masas y siempre presente en sus brillantes ojos castaño oscuro, hacia el activismo y la alternativa al bipartidismo político.

POR
MARTA MÉNDEZ TARANCÓN



La Giralda, la Plaza de España, la Torre del Oro, la Catedral... Todos edificios emblemáticos de la capital andaluza. En todos se respira Sevilla. No son pocos los rincones y escondrijos que hacen las delicias de los turistas y de los más viejos vecinos de la ciudad. Pero el Parlamento de Andalucía es otra cosa, tiene otro aura. Unos frondosos jardines privados y simétricos ocultan la visión de la entrada al centro neurálgico de la actividad política de esta comunidad autónoma. Frente a estos, la concurrencia de autobuses de Tussam es una constante. Más allá, el Arco de la Macarena, la muralla, un puesto de churros y varias tabernas de barrio. El Parlamento está como incrustado entre dos Sevillas, haciendo de enlace entre estas. El Arco de la Macarena abre las puertas a la ciudad intramuros, al Casco Antiguo, a la Sevilla del incienso y de las angostas callejuelas. Hacia el otro lado, un hospital de referencia autonómica, anchas avenidas de tráfico incesante, la ciudad se hace más alta y se adivinan orquestados conjuntos residenciales.

Dice la canción que Sevilla tiene un color especial y también ocurre así en esta zona. Es un día soleado de primavera, de luz clara que resalta el verde de los jardines del Parlamento, como vistos a través de un filtro polarizador. Toda la ciudad huele a azahar aunque ha tardado en florecer este año. En contraste, el Parlamento por dentro es un edificio más bien lúgubre, ni siquiera el patio de luces que hace de recibidor alcanza a alumbrar los altos techos de la estructura del siglo pasado. Los suelos de mármol y las paredes de piedra dotan a la estancia de un frescor cautivante en el normalmente asfixiante mayo sevillano. Todos los elementos convergen en un armonioso estilo renacentista, que no puede desligarse de cierta esencia hospitalaria. Las dudas se disipan al mirar la placa de la entrada. Este edificio acogió el antiguo hospital de la Sangre desde el reinado de los Reyes Católicos.

Tan simétrico por dentro como por fuera. Se articula mediante estrechos pasillos encalados que desembocan en estancias de paredes de piedra y altas bóvedas. El visitante todavía hoy puede evocar los tiempos en los que enfermeras de cofias y bandejas metálicas tintineantes corrían con brío por aquellas galerías. En la actualidad, son estas salas el engranaje de las distintas fuerzas políticas andaluzas. En uno de estos habitáculos que forman la sede del grupo parlamentario Podemos, presidido por una imponente mesa de madera pesada y oscura, espera una jarra de agua que empieza a deco-

Teresa Rodríguez

rarse con las gotas del líquido condensado. La estancia sigue la tónica del conjunto, oscura a pesar del gran ventanal ubicado al fondo y aislada de las altas temperaturas del exterior. Tras un tiempo de espera, pruebas fotográficas y balances de blancos, se abre la puerta de cristal y entra Teresa Rodríguez, diputada por Podemos en el Parlamento de Andalucía, con un táper de garbanzos y espinacas. El considerado típico plato de la gastronomía de Semana Santa resulta ahogadizo para estos meses pero es, sin duda, característico de la zona.

Como el denominado ‘potaje de vigilia’, Teresa también es muy andaluza. Nació en Rota (Cádiz) y, desde su incursión en política, su vida es una constante de trenes y autobuses entre Cádiz y Sevilla. Se levanta entre las seis y las ocho de la mañana para entrevistarse con movimientos sociales o asistir a las reuniones orgánicas. “Pero realmente el resto del tiempo es hacerme kilómetros por Andalucía, que es enorme y hay que invertir mucho tiempo en visitarla entera y en atender realidades que son muy diferentes, desde Almería hasta Huelva”, asegura. Tampoco puede desoír su, ya más que frecuente, discurso político. Aquí monótono, grave, de tono neutro y muy aprehendido, pero a ratos entusiasta, agudo y con marcado acento roteño. Como cuando habla de su familia. “Podría quedarme en Sevilla. De hecho, mi hermano vive aquí... Podría buscarme una forma. Hay compañeros que alquilan una habitación o un piso. Pero me gusta volver a mi casa para dormir, por lo menos eso, poder ver... Vivir, aunque sea durante unas horillas antes de acostarme, un poquito de vida familiar”.

“Yo no soy nada viajera, a mí me encanta Sevilla, Cádiz, Cádiz, Sevilla, y luego el resto lo visito por trabajo”

Es risueña, cercana, acogedora, incluso tierna, y resultan hasta perturbadores sus imperceptibles delirios de grandeza. Se presenta al comenzar la entrevista: “Hola, yo soy Teresa”, con una sonrisa afable, como lo harían dos desconocidos en la calle, como si esto no tuviera nada que ver con su trabajo. No Teresa Rodríguez, solo Teresa, como si no fuese más que consciente de que los periodistas allí presentes habían indagado



cada entrevista anterior, cada noticia en los medios, cada publicación en sus redes sociales...

Se sirve agua y pregunta si alguna de las personas de la habitación quieren tomar “un café o lo que sea”. Acto seguido, mira el táper y algo avergonzada escruta a sus entrevistadores, observadora, buscando alguna pista sobre la impresión de estos. “¿Os importa que coma? No me ha dado tiempo”, murmura la diputada. Es una mujer ocupada y se nota. Dos sutiles semicírculos oscuros descansan bajo sus curiosos e inquisitivos ojos negros. En ellos, también es perceptible su dedicación al ‘cambio’. Fija la vista y los entorna, brillando especialmente con la pasión del que habla convencido de la viabilidad de sus ideas. Parece segura de sí misma, tranquila, estable, pero con una naturalidad extraordinaria, y su energía y presencia podrían vincularse más con las de cualquier artista al subir a un escenario que con las de las élites políticas con las que se relaciona.

Ya con el tenedor en la boca no puede evitar reírse al recordar el día en que la nombraron eurodiputada. “Fue horrible, me harté de llorar”, reconoce entre carcajadas aún con la boca lle-

na. “No me lo esperaba. Verdaderamente, Pablo (Iglesias) me vendió un proyecto y una iniciativa y según él, por lo menos tres íbamos a salir. Yo le contestaba: “Anda ya Pablo, con los pajaritos. Tres no vamos a sacar, si sacamos uno, nos podemos dar con un canto en los dientes. El caso es que yo no me lo esperaba. Esperaba que saliera uno y que yo siguiera con mi vida normal, contribuyendo al proyecto con lo que pudiera, pero no teniendo que meter mi vida en una maleta e irme a Bruselas. ¡A Bruselas! Que yo no soy nada viajera, a mí me encanta Sevilla, Cádiz, Cádiz, Sevilla, y luego el resto lo visito por trabajo. Y bueno, para mí fue un jarro de agua fría coger un AVE y tener que ir a Madrid a celebrar que soy diputada del Parlamento Europeo, ni más ni menos. Luego, la experiencia allí sí fue interesante. Aprendí muchas cosas”.

Así empezó la andanza en Podemos la misma niña que se manifestaba años atrás contra el emplazamiento de la base naval en Rota. Sin embargo, Teresa recuerda que sus primeras movilizaciones datan de algún tiempo antes, cuando el ayuntamiento de su ciudad cortó unos árboles cercanos a su casa. “Era súper pequeña, muy muy pequeña, y recuerdo perfectamente

la sensación de injusticia y de desgarró, cuando unos árboles enormes, que había visto desde siempre por la ventana de mi casa, fueron cortados. ¡Ostras! Me dolió un montón. Sentí muchísima indignación y hasta me fui al tocón y puse una especie de reseña”. Resulta especialmente entrañable la forma en que Teresa habla de sí misma cuando era niña. Es casi un anhelo, una mirada al pasado para construir el futuro. Es su particular instauración del progreso y de la construcción social en los niños, en sus esperanzas, sus sueños, sus ilusiones, la fuerza de su inocencia... “No sé por qué pasa pero realmente es algo digno de estudiarse. ¿Por qué siempre en todo lugar, en todas las épocas de la historia, hay un sentimiento que nace, sin estar inculcado necesariamente por nadie, de no poder soportar la injusticia? Es muy humano eso, y muy esperanzador. Sobre todo en los niños, luego se nos va pasando y nos volvemos más cínicos y más individualistas”.

Se entristece y mira alrededor, evaluando mentalmente, haciendo un repaso. De pronto fija su vista de nuevo en el táper y sonríe. Podría pensarse que le recuerda a su casa, quizás a su madre. Entonces continúa: “Pero es absolutamente esperanzador para mí. En los días en que estoy más desanimada y que no tengo ganas y preferiría volver a mi vida normal y demás, lo que me anima es pensar que por más que se haya desarrollado el sistema capitalista, la oligarquía financiera, quienes se benefician del sistema tal y como funciona... Se han sofisticado mucho, pero no han sido capaces de acabar con ese sentimiento de injusticia en la gente. Y eso es lo más esperanzador porque un día desaparece pero está ahí... Como el Guadiana, que otro día sale”.

Todo en su discurso parece sincero, espontáneo, sencillo, abierto..., porque lo es. Pero también está profundamente cargado de implicaciones, de connivencia, de complicidad. Es una persona inteligente, despierta, que entiende a la perfección su posición y a la población a la que se dirige. Aún más, se ve a sí misma como un “dispositivo” en manos de las personas que han consignado su confianza en ella. “Entiendo que aunque no sea incluso mi estilo el que llevo ahora, las personas, mis votantes, quieren sentirse representados en mí, también en la apariencia física, yo ya no soy un poco yo”, explica con resignación la roteña, refiriéndose a su aspecto, desde hace un tiempo más cuidado. “Como es un tiempo limitado, sé que podré volver a ser... Recuperar mi vida en todos los sentidos y podré volver a no pintarme, a ponerme todos los días

Teresa Rodríguez

un vaquero...”. No deja de ser su trabajo, y aunque a ratos hablando de sí misma se pierda en su memoria, vuelve a aparecer Teresa Rodríguez para comparar los movimientos sociales con el Guadiana y dar a los periodistas otro titular.

Tampoco podemos culparla por ello. Ella misma reconoce que, aunque no procede de una “estirpe de militantes ni activistas”, en su casa ha recibido valores que tienen mucho que ver con la política. “Creo que mi madre, por ejemplo, es una mujer profundamente de izquierdas, aunque ella no se considere a sí misma así. Pero los valores que nos ha inculcado son valores de izquierda: solidaridad, indignación por lo que pasa...”. Apunta que estas ideas han ido formando la persona que es ahora. Si bien, inmediatamente se corrige, quiere ser rigurosa. A tal fin medita una respuesta más larga, explora la pared de la sala, como buscando el veredicto correcto entre los bloques de piedra y arquea las cejas cuando lo encuentra.

Entonces, empieza a hablar de la Universidad. Para ella, como todas, esta es una estructura más del sistema de poder. Durante el periodo en el que fue becaria, tras cursar Filología Árabe, vio relaciones clientelares y vínculos políticos. De hecho, le resulta complicado afirmar, aunque lo hace, que a la gente que le gusta estudiar normalmente le decepciona la Universidad. Y este fue su caso. “No siempre fui una entusiasta de la Universidad. Me acuerdo perfectamente de las primeras decepciones, cuando una, que es de Rota, de un pueblo, se va a la Universidad y a la ciudad con la idea de que todos sus intereses y apetitos culturales, intelectuales y sensoriales se van a realizar. Pero mi experiencia en la Universidad no fue para tanto”. Suele ocurrir. No obstante, la mente tiene curiosas formas para ser complaciente y, con el paso del tiempo, hasta la peor de las experiencias puede convertirse en una embriagadora revelación vital. Quizás por ello, la joven diputada no puede evitar sonreír al hablar del encuentro consigo misma y la realización personal, intelectual, cultural, e incluso, académica, que le supuso la movilización estudiantil.

Allí descubrió el feminismo. “En casa había como un malestar de género muy básico, yo que sé, como de las canciones de La Martirio, de estar cabreada, pero sin enlazar con la historia de las tuyas. Y eso lo descubrí en la Universidad. Se lo debo”. A Teresa Rodríguez la definen como feminista, animalista, anticapitalista, comunista, antieuropeísta, antiglobalización... e incluso reconoce con un bufido de exasperación



que le gustaría que “hubiera más pro algo”. A pesar de ello entiende primordiales y complementarias cada una de estas luchas. Cree que el respeto a los animales no es solo fundamental sino un significativo medidor del nivel de filantropía social. Además, piensa que todo se resume en el “interés común”, que no es otra cosa que un comunismo desligado de las connotaciones negativas que arrastra desde la instauración del estalinismo. Una ideología que, en su opinión, comienza por dejar de permitir que “unos pocos miren por su propio interés a costa de otros muchos”.

“Yo creo en una democratización de la economía. Creo que hay una dictadura económica y tenemos que poder decidir sobre cuál es el modelo económico por el que queremos regirnos, porque podemos querer seguir eligiendo a nuestros representantes, haciendo leyes... Pero mientras que no se democratice la economía y dependa del precio del agua y de la luz y de una gran empresa que cotiza en el Ibex 35, no tendremos definitivamente el control de los bienes comunes”. De pronto parece que esté en un mitin. Alza algo la voz y frunce el ceño, incluso sus gestos parecen ahora más belicosos. Antes, hechos fluidos movimientos con las manos, ahora cierra el puño sobre la mesa y parece esforzarse para no alzarlo. Cualquiera pensaría que no le gusta ser designada comunista o antieuropeísta, estando más que acostumbrada. Pero no se enfada, más bien parece estar encantada con el rumbo de la entrevista. En seguida, el nervio se torna casi en condescendencia y adopta un tono similar al que elegiría una madre paciente para enseñar a anudarse las zapatillas a un hijo. “A mí lo que me gustaría es que hubiera una relación entre los pueblos que no estuviera mediada por los intereses mercantiles...”.

“Antes les molestábamos en la puerta del Parlamento [...] Pues ahora toca molestarles también dentro”

Desde la acuciante crisis financiera que sacudió la estructura económico-política, sobre todo en España, voces como la de la política roteña vienen encontrando adeptos entre los no escasos descontentos con el sistema dominante. Los detractores de estos, por contra, suelen tacharlos de populistas y de haber amasado crédito políti-

Teresa Rodríguez

co a costa del descontento social. La veracidad o no de estas afirmaciones no vienen al caso y Teresa tampoco invierte demasiado esfuerzo en defenderse ante estas. Lo que sí es un hecho demostrable es que en cuestión de un par de meses ascendieron a la escena pública un grupo de personas, más o menos acertadas en función del ánimo particular, pero incontestablemente convencidas e implicadas, y hasta aquel momento anónimas. Esta exposición es el peor inconveniente de su transitoria ocupación. “Yo también tengo la piel más dura, evidentemente, no tienes más remedio. Intentas explicar todo lo que puedes, las cosas que puedan sacar; desmentir las mentiras y bueno, tratar con normalidad lo que tiene que ver con diferentes opiniones, con visiones distintas...”.

Sin ningún ardor asiente, concediéndolo. Quizás el triunfo de Podemos se debiera en cierta medida, que no exclusivamente, al instante en el que surgió, aunque eso no parece importarle. Es marxista, cree en la lucha de clases como motor para la evolución social, a pesar de que estas suelen acontecer dentro del sisma que se desea transformar. “Es una situación contradictoria porque uno tiene que saber que está haciendo un trabajo en una institución hecha a medida del sistema. Las instituciones no son neutrales respecto al modelo económico, al modelo de gestión de los bienes comunes, a las desigualdades entre hombres y mujeres, a las desigualdades entre las personas... no. Normalmente están construidas por esos intereses, los intereses de los poderosos. Por tanto, si estás dentro de una de estas instituciones que está diseñada para eso, tiene uno que ser muy crítico con el lugar donde está y tratar de cambiarlo”, sentencia con mesura la diputada. “Yo creo que ese espacio no hay que dejárselo a otras iniciativas políticas, en su totalidad, o sea, regalárselo al bipartidismo, que es quien habitualmente nos ha gobernado y que nos ha conducido a una situación en la que, en diez años, hemos perdido derechos de hace cincuenta. No debemos dejarles todo el espacio a ellos, tenemos que... Antes les molestábamos en la puerta del Parlamento, en las plazas, en las entradas de las instituciones... Pues ahora toca molestarles también dentro. Y por el camino tratar de conseguir victorias, porque la movilización, la calle, el interés, la esperanza por un mundo diferente también se fragua en torno a victorias. Y algunas victorias se conquistan aquí, con leyes, con acuerdos, con negociación...”.

Un teléfono interrumpe la disertación, lo busca de forma enérgica en su bolso y lo apaga. Ni siquiera mira la pantalla. Se disculpa y procura

retomar la conversación. El respiro parece ser un soplo de aire fresco. De esta forma puede reorganizar mentalmente sus ideas. Bebe un sorbo de agua fría y escarba en los ya no tan apetecibles garbanzos con espinacas. “Soy, sobre todo, ecofeminista. Soy feminista porque forma parte de mi patrimonio vital e intelectual, pero ambas son ideologías que se dejan un poco para después”. En lo que antes miraba a la periodista como acecha un político a un potencial votante, ahora busca sinergia. Ahora busca sororidad.

Teresa Rodríguez es una de las caras femeninas más conocidas de la política andaluza. Salvando a la presidenta de la autonomía, quizás la que más. Lo sabe y entiende la responsabilidad que atañe ejercer en un cosmos “muy testosterónico”. El mundo laboral no es ya un terreno desconocido para las mujeres, si bien, son obvias las dificultades de estas para participar de las cúpulas de poder, copadas, en la inmensa mayoría, por barones. La propia Consejería de Hacienda de la Junta de Andalucía desarrolló en marzo de este mismo año un revelador diagnóstico acerca de esta realidad: mientras que más de la mayoría de los empleados de la máxima administración de la comunidad son mujeres, los altos cargos y puestos de responsabilidad siguen siendo ocupados por hombres. Esta es solo una de entre las muchas evidencias que podrían haber pasado por la cabeza de la diputada cuando apresurada afirma que por supuesto que es difícil ser

mujer en política. “Es difícil ser mujer en todos los aspectos de la vida, exceptuando el ámbito de lo doméstico, que es lo habitualmente reservado para las mujeres. Lo que creo que es más difícil ahora, que tenemos las cuotas, las leyes de igualdad que obligan a listas cremallera, que obligan a parlamentos paritarios, o casi paritarios... Es ser mujer en política y seguir estando vinculada a los problemas de las mujeres”. De nuevo Teresa medita una respuesta a cualquier pregunta que la reflexión anterior le haya autoinspirado. “Porque la política está diseñada de forma que no tiene nada que ver con la vida de las mujeres, no tiene nada que ver con cuidar, no tiene nada que ver con compatibilizar la vida familiar y laboral... Incluso diría que el estilo es muy masculino... Es decir, lo que es difícil es conservar los valores de lo que hemos atribuido tradicionalmente con ser mujer”.

Con el destello de las manifestaciones del 8 de marzo deslumbrando todavía en los retrovisores, la brecha salarial, el techo de cristal, la discriminación laboral y la violencia de género parecen haber calado hasta el poso más hondo de los imaginarios sociales. Para Teresa no es nuevo, es más, se ilusiona porque parecía estar esperándolo. Era el momento de trasladar esas luchas estudiantiles y esas indignaciones cristalizadas en reseñas a la calle, al germen de Podemos. Se enorgullece cual hincha ante un éxito deportivo. No parece sentirlo como un mérito



propio, pero sí como un triunfo personal. Está entusiasmada de haber sido una pequeña fracción de entre todas las voces que se alzaron aquel día en el ‘Yo Paro’.

Solo al plantearse el tema de Manuel Muñoz termina por rendirse y cerrar el táper. Por frío o por lo indigesto del asunto, la hora de la comida se ha visto reducida a un par de cucharadas que apenas si han reducido el volumen del plato. Aparta la fiambreira a un lado, entera, tan entera como vacío debe estar su estómago. Muchas fueron las noticias que vincularon el año pasado al empresario sevillano con Teresa. Que si intentó besarla colocando su mano entre los labios de ambos, que si solo fue una broma, que si había bebido en exceso... Y lo peor no reside en las palabras, lo horrible es observar cómo dos años después alguien como Teresa Rodríguez, segura, confiada, la que en Hollywood igual protagonizaría alguna comedia sensible sobre una mujer triunfadora capaz de lidiar con familia, niños y un trabajo agotador, se sonroja de vergüenza. No entendamos mal, no porque haya dejado de ser la víctima, sino porque incluso alguien tan formado y concienciado en la lucha feminista calló presa de ese pepito grillo del *Status quo* que a veces nos dice que podríamos haberlo evitado, que la culpa es de las mujeres, porque son mujeres.

“No podía vivir con esa sensación de haber sido ultrajada sin haber hecho nada al respecto”

Lo que una mujer siente en estas situaciones de inferioridad es vergüenza, confiesa con un tono varias octavas por encima del habitual. “Es terrible, pero las mujeres cuando se nos agrede sexualmente, o con algo vinculado al sexo... Lo que una siente es vergüenza. Esa es la sensación que existe. No sé por qué. Siempre hay ese rollo de sentirse culpable de alguna manera. ¿Por qué me he sometido a esta situación en la cual estoy rodeada de tres caballeros que no conozco de nada, sin haber ido con mi compañera de prensa, en un contexto que me es completamente hostil, donde no hay nadie amigo o conocido y me veo en una situación en la que me pasa algo así? Entonces lo primero que siento es vergüenza, luego miedo y después una terrible indignación, pero

Teresa Rodríguez

cuando salí por la puerta. Como cuando te pasa en el autobús. Como cuando te pasa en la discoteca. Como cuando te pasa en el ascensor”.

Aquel pudo ser con facilidad uno de los peores días de su vida. “Entonces, estuve toda la tarde verdaderamente enferma por no haber sabido reaccionar. Recriminándome a mí misma no haber sabido reaccionar, con tanto rollo feminista que yo tengo, ¿no? Haberme comido una así y haberme ido, haberme ido lo antes que podía con miedo. Yo no me considero una mujer miedosa, sin embargo, en esas situaciones lo que sale es una reacción de autodefensa y la autodefensa se refleja por varias vías. Yo me quedé parada y me fui en cuanto pude de allí”. Continúa. Su discurso es ahora más andaluz que nunca. No hay política. No hay táper, no hay agua, no hay sede de Podemos, ni Parlamento de Andalucía. Se trata de dos mujeres hablando de machismo. Bien podrían estar en la Alameda tomando una cerveza. Se expresa con la confianza que da saber que el receptor conoce lo que dices, con la complicidad de dos amigas, de dos fracciones de aquellos ‘Yo Paro’. En realidad Teresa Rodríguez no tarda en volver a aparecer. “No pude dormir aquella noche... Hasta que al día siguiente decidí hacer algo porque es que no podía vivir con esa sensación de haber sido ultrajada sin haber hecho nada al respecto. Y por otro lado, de decirme a mí misma que es mi obligación como representante pública no tolerar que pasen esa serie de cosas en un edificio público, con personas que son representantes de una institución. Porque si me pasa a mí, ¿qué no le pasará a una empleada o a una camarera?”.

Fuera ahora está nublado. Casi no hay rastro de ese sol que destacaba el verde de los árboles y arbustos de los jardines del Parlamento. Este año el tiempo “está muy loco” termina Teresa justo antes de despedirse mientras mira por el gran ventanal a la vez que se cuelga su macuto, recoge un montón de carpetas y folios dispersos y mete su táper en una bolsa de plástico. Y es cierto, es a ratos predeciblemente bochornoso y, de pronto, una suave frisa veraniega dibuja destellos de alivio en los rostros de los acalorados viandantes. Por momentos soleado y otras nublado. Hasta tormentas nocturnas y lluvias se han coronado como melodías de las últimas noches sevillanas. Recuerda un poco a la propia Teresa. En ocasiones política, en otra compañera feminista; a veces muy andaluza, en otras su acento se torna esquivo. A ratos muy Teresa, y en otros momento solo Teresa Rodríguez.

Leer mientras escucha “Imagine” de John Lennon



Serie andaluza de dibujos animados “Bandalero”



- Una mirada sin obstáculos -

SARA FERNÁNDEZ

A toda joven soñadora si a los doce años le dicen que uno de sus logros sería pisar los Juegos Paralímpicos de Río de Janeiro 2016, no se lo cree. Algo así le pasó a esta atleta sevillana a la que su albinismo no le supuso ningún obstáculo para desplazarse de Espartinas a Tomares y entrenar para conseguir, con mucho esfuerzo, su mejor marca. Su amor por el deporte y la salud hace que actualmente pise la Facultad de Fisioterapia día a día con el deseo de formarse en dos competencias a las que quiere estar ligada siempre.

POR
LUIS MIGUEL ROJAS NAVAS

Cuando alguien se hace la pregunta “si tuviera que perder alguno de los sentidos, ¿cuál elegiría?” la respuesta tarda mucho en llegar e incluso no se materializa. Resulta complicado imaginar la ausencia de alguno de ellos porque nos permiten valorar la vida, aunque sean tan intrínsecos al ser humano que en ocasiones pasen desapercibidos. Pero están ahí, aportando sensaciones, repetidas o novedosas, pero bienvenidas, al fin y al cabo.

Gracias a los sentidos se puede disfrutar de una mañana de principios de mayo en la Alameda. El murmullo de los turistas se entrecorta con un recurrente “¿desea tomar algo?” de los camareros expectantes con que algún guiri acceda a su interesado ofrecimiento. Son las doce del mediodía y los visitantes extranjeros ya están con el apetito por las nubes. Es en este momento cuando choca la costumbre europea con la propiamente española. Empieza la hora de la cervecita para el de aquí, mientras en las cocinas el olor del sofrito aborba suavemente los rincones del restaurante. Otros ya esperan su plato en la mesa. Suenan el tintineo de los vasos al brindar y las gotas de agua recorren una jarra de cerveza bien fría. Entre tanto, la alegría y las risas de dos amigos que acaban de encontrarse.

Sara Fernández

En este rincón sevillano también se nota la temperatura inusual para estas fechas que está regalando este 2018. La primavera no ha terminado de explotar. En las casas el debate reiterado es el tiempo y la duda en los cambios de armarios. Y es que, cuando el aroma a azahar marca el calendario sevillano, el refrán hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo, se vacía de significado. A la Alameda todo está llegando tarde. Las ramas de los árboles aún están rezagadas en un pasado invierno y alrededor de las fuentes no hay gente deseosa por saltarse “el prohibido bañarse”. Pero se empieza a respirar la primavera en una de las zonas más alegres de la ciudad. Resulta complicado cerrar los ojos en este barrio sevillano donde todo es color, diversidad y tolerancia. Quizás esta zona de la ciudad sea el mejor ejemplo para explicar aquella canción de Los del Río.

Con un poco de retraso está llegando también Sara Fernández, pero su ajetreada agenda no le permite estar siempre a su hora, tal y como querría. A sus 24 años tiene casi un máster en eso de organizar su semana, sus meses e incluso sus años. Pero entre la lejanía y la grandeza de las columnas de Hércules ya se ve llegar a esta chica. Viene con paso rápido y dudoso. Apenas

sabe quiénes son esas personas que se han puesto en contacto con ella para compartir impresiones sobre su vida ligada al deporte. Además de contar con la ventaja de haber competido en los últimos Juegos Paralímpicos de Río de Janeiro y tener una ristra de imágenes publicadas por internet, Sara es muy reconocible. Su frondosa y rizada melena rubia, casi blanca, la delata. Una hermosa cabellera que puede ser la envidia de muchas y de muchos, pues aporta ese rasgo tan de moda ahora como es el ‘rollo’ y que se acoge entre la multitud como el aliciente para una personalidad marcada. No obstante, su melena no es una casualidad influida por la moda del tinte, sino una característica nata. Sara es albina y esta ausencia de pigmentación le afecta en su piel, en su cabello y hasta en uno de sus cinco sentidos: la visión.

Las retinas de Sara no siguen las reglas de la óptica natural que el ser humano posee. Tiene muy asumido que la negrura de la retinas de los demás les permiten absorber toda la luz y ver sin ningún tipo de dificultad. En cambio, el color rosáceo de las suyas facilitan más el rebote de esta, lo que hace que no soporte un amplio fogonazo de luz. Algo muy complicado en esta tierra en la que poco se entiende la rutina sin el acompañamiento fulgurante del sol. Por este motivo, hay que buscar un sitio en el que esta deportista se encuentre cómoda.

A pesar de su juventud y la actitud vivaracha y despierta que se le atribuye siempre a esta etapa de la vida, se le nota un poco cansada. Ella vive en Espartinas, un pueblo de la provincia sevillana aunque nació en Tomares y es allí donde entrena. Se levanta todos los días a las seis de la mañana para venir en coche o autobús a la capital y así asistir a sus clases en la Universidad. Es por ello que, a estas horas del día, aunque quede mucha tarde por delante, el cuerpo la delata y más teniendo en cuenta que la semana está casi acabando. Sin embargo, no pierde su expresión amable. Desde que ha llegado no para de regalar unas sonrisas tímidas que invitan a abrazarla.

Sara está en el mundo del deporte de competición desde muy pequeña. La natación, el ciclismo y la gimnasia rítmica fueron sus actividades extraescolares de la infancia, pero sería el atletismo y el salto de longitud los que la llevarían, nada más y nada menos, que a lograr competir a nivel mundial en los Juegos Paralímpicos de Río de Janeiro, entre otros encuentros internacionales. “El atletismo lo empecé porque tuve una revisión de la vista en el colegio de la ONCE, la típica revisión anual. Mi hermano estaba en

el parque y con toda la prisa fui corriendo de la cafetería del colegio al parque a por él. En ese momento andaba por allí el seleccionador de atletismo de Andalucía y le propuso a mis padres que me llevaran a entrenar”. Deja claro que su dificultad visual no ha sido un impedimento, “siempre he sido una cabra loca, no era consciente y me he caído muchas veces hasta que mi padre me ha ayudado a encauzarme”. Y es que a ella no le gusta que la etiqueten como luchadora, porque piensa que es algo con lo que ha nacido y con lo que ha tenido que aprender a vivir para conseguir sus sueños, “como cualquiera lo hace”. En el deporte no usa una técnica específica, sino que sus resultados son fruto de años trabajando duro.

Sara recibe con un placentero “gracias” su Coca Cola Zero. Tras una mañana intensa de estudios nada sienta mejor que un refresco bien frío. Con delicadeza retira las gotas de agua que caen lentamente fruto de la fusión del hielo en contacto con el calor exterior. Es muy observadora y tiene fija la mirada en el vaso. Su agudeza visual entre el 12 y el 16 por ciento, dependiendo del ojo, la ha habituado a estar a la mira de todo lo que pasa por delante de ella. Y lo manifiesta. A Sara se le nota presente cuando conversas con ella. Te mira con templanza, con la inocencia de una joven de 24 años y con la madurez de una mujer adulta a la que la vida le ha dado penurias, pero también muchos éxitos.

“De pequeña iba a internacionales y lo tomaba como un juego. Para mí era como un hobby más”

Sus ojos tienen el mismo color que el cielo que hoy se ha despertado en la Alameda. Ese cielo azul tan deseado por los más acérrimos al folclore y a la tradición sevillana cuando las fiestas de la ciudad se acercan. A través de ellos ha podido ver cómo aquella anécdota en el parque de una sede de la ONCE se convertiría en su día a día. “De pequeña iba a internacionales y lo tomaba como un juego. Para mí era como un hobby más. Si cogía una medalla pues guay, si no, no pasaba nada. La cosa empezó en 2014 cuando me dijo el seleccionador que si hacía equis marca me llevaba al Europeo Absoluto. Entonces quise hacerlo y quedé tercera de Europa en salto de longitud”.



“Y quedé tercera de Europa en salto de longitud”. Conviene recalcar esta frase, porque su tez blanquecina se ha iluminado acompañada de un sentimiento de alegría distinto a los demás. Ha pasado de un gesto tímido que despierta ternura, a una sonrisa de pura seguridad. Ha remarcado ese final como cuando se lanzan palabras de las que no te arrepientes, hechos de los que te sientes orgulloso y repetirías una, otra y otra vez. Esa sonrisa puede describirse completamente, porque es similar a cuando un padre o una madre hablan de sus hijos con toda la satisfacción el mundo.

Y es que su padre no cabía en su propio ser cuando se enteró de que Sara estaba seleccionada para participar en los Juegos Paralímpicos de Río de Janeiro 2016. “Me dijeron en junio que iba. Recuerdo que en ese momento estaba con mi tía de compras. Me llamó el seleccionador para pedirme mi talla para Río. En ese momento me quedé que no sabía ni como reaccionar. Cuando mi padre se enteró fue a buscar por internet una bandera paralímpica para ponerla en la ventana. ¡Mi padre estaba super contento!”, afirma entre carcajadas e imaginando la reacción de su padre al lado del teléfono.

“Sufrí verdadero bullying. Lo pasé muy mal. Entonces el atletismo me quitaba del mal rollo. Tenía a mis amigos ahí, no en clase”

Esa llamada fue el motor impulsor para unos meses de preparación a un ritmo vertiginoso. Nada más enterarse de la noticia tenía que ponerse a trabajar para conseguir una marca mínima que le permitiera alcanzar el sueño de cualquier deportista. “No la conseguí, me llevaron como suplente al relevo. Hice el 100 y longitud y quedé novena en el 100 y octava en longitud”. Pero esa experiencia le llenó de energía e ilusión por el deporte que practica y guarda un agradable recuerdo de su estancia en la capital de Brasil. “Los días allí fueron una pasada. Porque yo estoy acostumbrada a relacionarme con el mundo atletismo y llegar allí y encontrarte con todo tipo de deportes, de personas... Al ser mis primeros juegos lo viví todo con mucha intensidad e ilusión”. Estuve tres semanas allí y los voluntarios están pegados a ti en todo momento.

Sara Fernández

De hecho, me hice amiga de una de las voluntarias y quiere venir a Sevilla de visita”.

Cuando la tomareña erige desde su propio sentimiento la palabra amistad, asegura hacerlo con total conciencia. En su personalidad no hay cabida para llamar “amigo” a todo el mundo. “Yo soy muy selectiva para mis amigos. Compañeros puedo tener muchos, pero amigos pocos. No confío en cualquiera. Busco que una persona me de la seguridad que busco. Cuesta explicarlo, pero con solo mirar a la persona, sé qué va a estar a mi lado”. Es rotunda, su gesto ha sido cerrado. Su asiduo movimiento de manos se antoja, esta vez, seco, amargo. Da la sensación de que ese argumento lo ha tenido que sacar a relucir en muchas ocasiones o que incluso ha tenido una experiencia poco satisfactoria. Ha sido clara, sin duda. Sin embargo, su timidez transitoria ha hecho que se haya pasado por encima una cuestión importante. Sara se considera sincera, pero también prudente y en este caso ha pecado de ello. El sol hace acto de presencia en el velador y la luz no es bienvenida para sus retinas. La sombra de un árbol y un toldo son el nuevo cobijo. Ahora ya se siente mejor e incluso se ha desprendido de su chupa de cuero negra para estar más cómoda. “¡Parece que no, pero el calor ya está empezando a llegar eh!”, ríe mientras coloca su chaqueta en la silla, justo encima de su mochila donde dice que guarda infinidad de cosas que ni usa. Entre tanto, el reloj del móvil marca la una de la tarde y el hielo del vaso de Sara está casi fundido. Si bien, no es este el proceso, hablando en términos físicos, que en su mente se ha dado para aniquilar ciertos pasajes desagradables de su vida. Para Sara el bullying que ha sufrido casi se ha evaporado.

Esta chica tiene un indudable cuerpo atlético que bien podría satisfacer la aspiración de los que ensalzan un canon de belleza concreto para la mujer. A pesar de ello, también le ha tocado sufrir el tormento social por el hecho de ser diferente. Sus compañeros de clase decidieron un día, como el que elige qué ropa ponerse, que su color rubio casi blanco no estaba de moda y con un tinte querían ponerle solución. “¡Cómo cambian las cosas!”, dice. Cualquier adolescente imbuido por las tendencias actuales desearía tener el color y la forma del pelo de Sara. Ella no necesita maquillaje, tan solo se ha marcado con un poco de rímel sus enormes pestañas porque sabe que tras la entrevista pasará por la mirada incisiva del objetivo. Aún así, ha dejado su cara libre de cualquier artificio. Sus tez blanquecina, sus labios rosados y su hermosa cabellera son suficientes para que la cámara la quiera.



“Sufrí verdadero bullying. Lo pasé muy mal. Entonces el atletismo me quitaba del mal rollo. Tenía a mis amigos ahí, no en clase. Repetí e iba con miedo al instituto. Cuando repetí una chica apareció y me ayudó y desde entonces somos muy amigas”, Sara habla con especial cariño de su refugio en el atletismo. Incluso no muestra reparo al contar anécdotas con humor y con la dosis de ternura que rodea el aura de esta chica. Describe, con un envidiable candor, cómo fue el recibimiento del Rey Felipe VI tras los juegos de Río. “Fue muy curioso, iba con todos mis amigos y estábamos nerviosos porque no sabíamos cómo sería nuestra reacción. Íbamos tanto olímpicos como paralímpicos. Hubo alguna que otra anécdota, como la de un compañero que es cojo y temía caerse delante del Rey. Incluso dijo “si me pasa le diré “a sus pies mi majestad”.

Le gusta rememorar historias con sus amigos. Parece que reitera estos argumentos tan positivos una y otra vez para avisar al otro de que para ella no ha habido otra vía de escape que no fuera esa y lo lleva con orgullo. Porque dentro del universo de las zapatillas de deporte, los cronómetros, las caídas y las remontadas, siempre se ha sentido plena y el brillo afable de sus ojos lo corrobora. “Nunca he sentido discriminación en el atletismo, porque yo empecé en un grupo de entrenamiento con discapacitados, entonces todo era muy nosotros. Estábamos como en el mismo mundillo. Yo fui la que dio el paso y me cambié a otro grupo de personas sin discapacidad, porque el anterior me cogía muy lejos”. Llamó a la puerta del Pabellón Municipal de Tomares y la acogieron sin dudarle. Fue pionera en proponer que también se entrenara con personas que tenían algún tipo de diversidad funcional. “Además el pueblo me tiene en un pedestal. El ayuntamiento de Tomares me ha ayudado a conseguir un patrocinador y está muy volcado conmigo. Participé incluso en la cabalgata de Reyes, ¡fíjate!”. Ríe ya sin timidez dejando escapar una carcajada contagiosa. Ha jugado a ser arrogante, pero no lo ha conseguido y lo sabe, porque lo ha hecho aposta, puesto que huye del reconocimiento hacia su persona y no precisamente por falsa modestia. Su discurso da buena cuenta de que su posición se enarbola en el gusto y no el deseo de aprobación. Ahora bien, se pone firme ante aquellos que denosten a la mujer, al deporte femenino y al deporte paralímpico.

Dado que hay determinadas profesiones y comportamientos encorsetados tradicional e históricamente en una concepción machista, esta sevillana es consciente del obstáculo que para ella puede suponer. “Mi referente en el depor-

te es una mujer, Ivana Spanovic, una saltadora. Es una pasada. Ella empezó desde pequeña y al principio no llegó a cosechar tanto éxito. Dijo que quería ser la mejor y tiene muchos premios. De ella destaco lo buena que es, el trabajo que hace, su personalidad... Me encantaría conocerla. Yo le diría que me encanta, aún así creo que me quedaría sin palabras si la tengo delante”, reconoce sin pesar Sara.

La discriminación de género en el deporte no es algo que le toque de lleno, aunque en algunas competiciones internacionales las miradas de reojo de algunos hombres le provocaran asco. “No veo difícil ser mujer en el deporte. A mí nunca me han discriminado por ser mujer en atletismo. Lo que sí veo es que, al ser mujer, cuando tus padres te educan, te dan una educación machista. Al ser niña te cubren demasiado. El atletismo femenino paralímpico es muy minoritario en España. Ahora hay más, porque hay más visibilidad, pero sigue siendo minoritario”. Para Sara el feminismo es un igual a igual entre hombres y mujeres. Considera que casos como el de La Manada son un ejemplo revelador de

Sara Fernández

una justicia patriarcal. “Quizás habría que plantearse seriamente el estudio y revisión de las leyes. Una persona no tiene que elegir entre defenderse y morir o no hacerlo y vivir, como parece que tiene que ser”.

Frunce el ceño, su tono ha sido elevado. Esta respuesta supone un aliento esperanzador para aquel que la escucha. Sara no ha sido protagonista en términos generales de una discriminación machista, pero la ha percibido a su alrededor. “A nivel individual no, colectivo sí. Yo por ejemplo soy del Betis y se ve la diferencia entre el Betis femenino y el masculino. Esas diferencias radican en una visión antigua y la educación que tenemos. Ahora se le está empezando a dar importancia a la mujer. Ellas trabajan igual que ellos. Parece que físicamente solo pueden avanzar los hombres y no es así. El nivel femenino va subiendo y ahí están los resultados. Hay chicas muy buenas. ¡Tenemos una Mireia (Belmonte) que no veas!”. Cada vez son más los expertos que atribuyen a los medios de comunicación una cosificación extrema a la mujer en este campo dejando pasar por alto sus aptitudes deportivas.

La especialista en igualdad en el deporte, Matilde Foncheta declaraba el pasado año en *Eldiario.es* que las deportistas viven en la profesión con una mordaza puesta de la que cuesta deshacerse porque a la mujer le cuesta mucho acceder al deporte de élite. Los grandes problemas son la pérdida de patrocinadores, la dependencia a las becas o que incluso hay entrenadores que sin justificación prescinden de ellas.

La tomareña tiene conocimiento de la necesidad de este tipo de ayudas en su profesión. “El atletismo es muy distinto a un deporte en equipo, porque tú te buscas tu fisio, tu nutricionista, tu coach... Te lo cocinas todo tú. No tienes un equipo con todo esto organizado. Lo pago yo. También me dan becas, pero la mayor parte de la ayuda que necesito corre de mi cuenta”, sentencia a la vez que se cruza de brazos tapándose su camiseta en la que pone World Para Athelitics Championships London 2017. Su gesto se antoja como una metáfora *in situ* de lo que la mujer vive en el deporte. Puertas cerradas, brazos que no abrazan, sino que aprietan con sentido amargo. Le cabrea recordar que hace poco leyó en prensa las declaraciones de Blanca Manchón, la campeona mundial de windsurf, en las que se quejaba de la pérdida de patrocinadores por haberse quedado embarazada. El embarazo y la conciliación familiar son dos pilares que acarrean las mujeres a sus espaldas y más en el deporte, donde el estado físico de una persona se revaloriza. “Lo veo super mal. Es una mujer y si quiere tener su hijo, ¿por qué no va a hacerlo? Tengo una compañera que después de Río se quedó embarazada y se casó. La beca la perdió porque, como es normal, si estas un tiempo sin entrenar la pierdes, pero sus patrocinadores seguían ahí. Ahora ha vuelto, se está preparando para los europeos, como yo y está tan normal. Eso debería ser así para todas. Se puede ser madre y deportista de élite, que quede claro”.

A decir verdad, esta rotundidad con la que a veces responde, conmueve. Aquí siendo autocríticos, entra en juego el estereotipo que relega al joven como un ser inmaduro sin profundidad ni fondo al que le da igual que en su entorno crezcan cardos si en su zona de confort solo nacen rosas. En efecto, los millenials o la generación X pueden caer en las redes del individualismo imperante, acuciado por la expansión apabullante de las creencias del sistema, pero también son mas concientes del amor a la diversidad para lograr una sociedad más completa, más libre y también más justa. Sara, engaña en una primera impresión. Quizás su timidez obstaculiza la fluidez de sus palabras. Si bien, sus veredictos

se inyectan en el otro de forma que consiguen romper otro cliché consumado en la poca cultura de los deportistas más allá de los tecnicismos del oficio.

“El deportista olímpico es más mediático. Nosotros estamos en un segundo plano. Primero están los olímpicos y ya después, sí eso, los paralímpicos”. Así, sin más, ha soltado un titular, una sentencia, una crítica destructiva, constructiva, al fin y al cabo, ha hablado. Se queda pensativa y rápidamente intenta justificarse o ser sensata. “A ver, es que también las marcas no son iguales, porque mi discapacidad visual me limita. Yo no hago unas marcas de campeona olímpica, ni mi marca de novena en Río, fue la misma que de novena en olímpica. Los mejores por marcas y por resultados son los olímpicos y eso es lo que se ve. No se ve el esfuerzo que tiene el paralímpico detrás”. Sara se refiere a que no se tienen en cuenta sus moratones, sus lesiones, sus fatigas para conseguir una marca con la que sentirse no ya realizada, sino orgullosa, practicando el deporte que ama.

“Yo quería ser médico o veterinaria, no podía por la visión y el mundo deportivo me abrió otras puertas”

Al final no ha consumido su refresco y no queda ni rastro de los cubitos de hielo. Sara se coloca sus rizos, con una mano se asienta el flequillo mientras que con la otra se recoge un mechón detrás de la oreja y deja ver lo que hasta ahora había pasado desapercibido. Sonríe, reza en su antebrazo, colocando las letras y usando una tipografía que permite leer también Sara. “Elegí esa palabra porque yo estudié auxiliar de enfermería y en las prácticas había un chiquillo que estaba muy malito y solo decía que había que sonreír. Por sus ganas de vivir me impresioné tanto que me lo tatué”. Hace un gesto de grandeza para dejar constancia de la magnitud de las palabras de aquel chico en la situación que se encontraba. Del mismo modo, un poco más oculto en su piel la tinta dibujó en su día unas flores del cerezo como símbolo de feminidad, fortaleza y lealtad. Una definición muy precisa y exacta de lo que a día de hoy engloba a esta deportista.





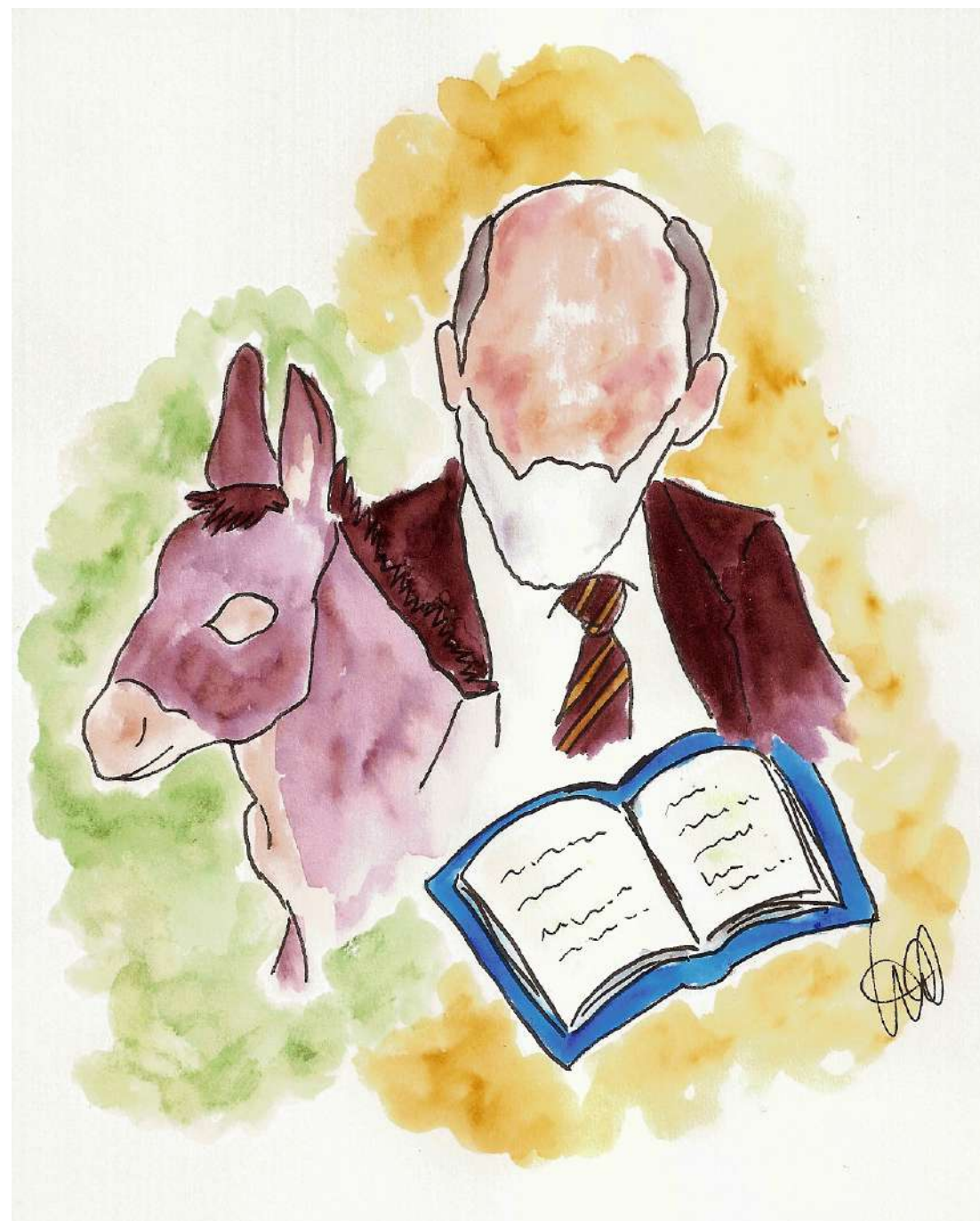
Como las idas y venidas de la fiebre en tiempos de defensas bajas, la timidez vuelve a ella cuando tiene delante el objetivo de la cámara. No será que no está acostumbrada a hacerse fotos, pues su cuenta de Instagram la delata como amante de los selfies, del encuadre bien hecho y de las frases motivadoras. Además, se declara muy amiga de sus amigos y una amante sin medida de las series. “Obviamente me gusta evadirme. Lo hago saliendo con mis amigas principalmente. No paso el tiempo que debería, pero todo el que tengo lo aprovecho”, reconoce con timidez.

Es complicado transcribir la onomatopeya que resulta del disparador de la cámara, y ese sonido seco la pone nerviosa. Aduce que no sabe posar o que no suele salir bien en las fotos. Eso sí que es falsa modestia, pero se le perdona. Las paredes verde agua o los muros color teja resaltan aún más su blanquecina cabellera. En las fotos no sale su mochila llena de apuntes. “Me gusta mucho la sanidad desde pequeña. Yo quería ser médico o veterinaria, no podía por la visión y el mundo deportivo me abrió otras puertas. Vi que existía la fisioterapia, que me permite estar con personas, trabajar con ellas y dentro también del mundo deportivo.” Y con ese sueño logró superar un grado medio y un grado superior de auxiliar de enfermería. Ahora, ha comenzado su

andadura universitaria con el Grado en Fisioterapia.

Al final se ha soltado con la cámara también e incluso quiere tener algunas fotos de recuerdo. Le gusta vivir el momento y eso es justo lo que le está pasando con el deporte. Cuenta que el físico marca mucho la carrera de un deportista y que ella sabe que, en su caso, el último cruce de meta tiene fecha puesta. Mientras tanto se dedica a vivir el momento, no habla de tirar la toalla. Cree que lo más importante es vivir las cosas cuando suceden y que dejar de vivirlas no supone tirar la toalla, sino abrazar otros momentos. Es por eso que cuesta abrazar a esta chica para despedirla, porque su perfume es embriagador, pero su dedicación, entrega y naturalidad dejan anonadados a cualquiera. Sara Fernández se aleja dispuesta a vivir el momento, porque aún le queda una jornada dura de entrenamientos. No sabe cuánto durarán las tardes de calentamiento, ejercicios y los instantes de caída o de felicidad. Porque la vida son momentos y sus retinas ya se están preparando para colorear lo que será Tokyo 2020.

Leer para completar el artículo “El deporte es el ámbito que más discrimina a la mujer” de Matilde Fontecha. Eldiario.es



Juan Ramón Jiménez, escritor andaluz. Autor de “Platero y yo”

RECOMENDACIONES

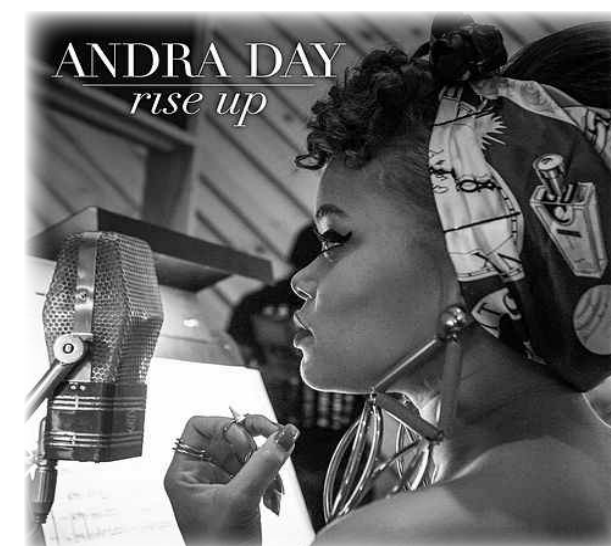


“Plantea la crisis ecológica y todos los problemas que vamos a tener con la gestión de la vida en el planeta, pero no desde un punto de vista tremendista, cenizo... Sino buscando experiencias alternativas”.

Teresa Rodríguez

“*Rise up* es una canción brutal. Además tiene un videoclip genial, la letra es para escucharla y viniendo de Andra Day... más”

Marina Fernández



26

“Es una pasada de serie. Además, me gusta mucho el cambio de época y cómo el equipo técnico ha conseguido reflejar tan bien dos momentos tan diferentes de la historia”.

Sara Fernández



27

LIONEL SHRIVER

Tenemos que hablar de Kevin



“Me pareció brutal ese libro. Una historia dura de una madre que tiene un hijo asesino y aún así lo quiere. Es muy fuerte.”

Mariana Cordero

- La voz de los colores -

MARINA FERNÁNDEZ



28

“Llevo desde que entré diciendo que un cuerpo normativo no es lo mejor, que también existen otros tipos de cuerpo... Y que, joder, existimos mujeres gordas”

29

El anonimato y la “normalidad” que habían caracterizado su vida fueron interrumpidos por el inesperado éxito televisivo del *talent show* de Televisión Española, *Operación Triunfo* 2017. Desde entonces, y paralela a la gira musical del programa, la andaluza se ha embarcado en una excepcional cruzada por el reconocimiento de los derechos del colectivo LGTBIQ+ y de las mujeres. Las cámaras del programa fueron el altavoz utilizado por Marina para abrir las mentes de los espectadores a un discurso cada vez más extendido, donde tienen especial cabida el género neutro, las clases magistrales sobre identidad sexual y de género y el feminismo.

Marina Fernández



El humo de un té negro manchado con un puntito de leche al más puro estilo inglés, difumina la visión de las dos altas columnas que dan la bienvenida al punto de la ciudad que más anhelos despierta entre quien, en algún momento, fue joven en Sevilla. La Alameda de Hércules es una caja de música intemporal que reproduce las risas de cuantos han vivido sus noches, sus desayunos, de cuantos visitaron aquellas casas de malas compañías... Da un espacio donde ser feliz y se queda con un poquito de cada veterano para regalarlo a los noveles. Por las noches di-

námica, vigorosa, energética y concurrida; por las mañanas acogedora, hogareña y profundamente intergeneracional.

A las nueve de la mañana todavía queda algún grupito de valientes que han empalmado la noche con el día, sus voces se alzan por encima del fluido del agua que expulsan a presión las máquinas que limpian las calles. Otros, menos entrañables, ya han hecho de los bancos amarillos que atraviesan toda la explanada un improvisado colchón. A pesar de esto, la escena es plá-

cida. Entre todo, familias pasean aprovechando las atípicas suaves temperaturas de las últimas semanas. Un perro ladra alegremente mientras corre en paralelo a la bicicleta de su amo, una chica en patines pasa a su lado y lo distrae. Nadie diría que se trata de la mañana de un martes cualquiera de primavera.

Entre las callejuelas que desembocan en la Alameda aparece Marina, como una exhalación, rompiendo el sosiego del momento, acelerada y visiblemente angustiada. Lo viene advirtiendo en su biografía de Twitter, “también llego tarde a todos sitios, siempre”. Efectivamente, llega tarde, muy tarde, más de media hora tarde. Esta vez no fue una excepción. Se había tomado la molestia de avisar de su retraso pero se muestra igualmente apurada. Casi corriendo se planta entre el té y las columnas, detrás de ella, Bast, su novio. Ambos con una sonrisilla nerviosa y los ojitos aun inflamados por el sueño. Se disculpan alegando que el despertador no ha sonado, aunque se diría que son de esas personas cuyas alarmas pueden sonar durante horas cada cinco minutos.

Marina parece muy joven, más incluso de lo que es. Su rostro, sonrojado por la carrera, revela un brío infantil y cándido, atípico para alguien de su edad. No obstante, a sus diecinueve años se ha convertido en toda una defensora del colectivo LGTBIQ+ y un genuino referente para todos aquellos, que más desconocedores del tema, han encontrado en ella una ventana abierta a la satisfacción de sus curiosidades. Pide un té, que ya acompaña a una taza vacía en la mesa, con la excusa de que odia el café. Lo que no hace más que acrecentar su carácter aniñado. Pronto, toda su fachada inocente se torna un lejano espejismo, una quimera que se rompe a luz de una voz serena, un timbre pulido y un discurso desbaratado pero elocuente y maduro.

La chica siempre ha querido ser cantante. Hubiese sido, sin duda, su mayor aspiración formarse en el BRIT School de Artes Escénicas y Tecnología de Inglaterra, por el que han pasado, entre otras, Adele. “Aquí no tenemos nada así y, claro, yo cuando me iba a ir lei que es como el conservatorio, si no entras antes de los 12 años, no puedes matricularte”. Aunque, afortunadamente, pocos trenes en la vida pasan solo una vez y la música volvió a llamar a su puerta. Así, un día “de locura” y de “mucho, muchísimo calor” del año pasado, se animó a cruzar la pasarela y a presentarse al casting del *talent show*, *Operación Triunfo*. “Al principio enfoqué la experiencia como algo anecdótico. En el primer

casting iba a intentarlo”, empieza con timidez a la vez que se encoje de hombros con humildad. “Mi hermana era la que más me apoyaba y estaba convencida de que me cogerían. Yo veía a todo el mundo cantando. A mí me da vergüenza. Así que no iba a cantar delante de gente tan buena. Sin embargo, yo fui la primera que cogieron en Sevilla”.

“En el último casting, en el del sobre, no sé por qué, había algo que me decía que estaba dentro. Cuando lo cogí, eché la vista abajo, vi que era que sí y ya lo lei entero. Eso no tenía que hacerse, ¿vale chicos? No lo hagáis”. Dice, mirando a una cámara imaginaria, en este caso, ubicada en la grabadora, mientras emite una carcajada entre burlona y nerviosa y simula la voz de una locutora, más bien mediocre, de anuncios de radio. Conforme se acomoda y se hace con el espacio se reducen las sonoras risotadas inquietas y su voz se vuelve más estable y menos titubeante. Sigue distraída, observando la Alameda y a sus viandantes, pero el té caliente ya asentado en su estómago vacío, la reconforta. Conversar con Marina es hacerlo con una vieja amiga. Su habla, carente de pretensiones, denota su corta edad, abundan los ‘en plan’, los ‘no sé’, aunque refleja trasfondo y discernimiento. Gesticula en exceso, actúa, ahora habla de ella y de pronto cambia el tiempo verbal, el tono y el registro, simula voces... Es muy divertida y muy cercana, aunque sin intención de deshacerse de ese aire peculiar y alternativo que en ocasiones acompaña a algunos sujetos atormentados.



Desde el último OT, el programa ha sabido reinventarse como un reflejo de las nuevas preocupaciones sociales. No es que no haya estado a la altura en lo que a la música se refiere, si bien, en esta ocasión, el foco mediático se ha posado en un conjunto de adolescentes que sorprenden por la claridad de sus convicciones e ideales. Las discusiones sobre feminismo, lgtbfobia, machismo, independentismo, u otros temas de actualidad, han sido una constante. Pero si alguien ha llevado la batuta del progresismo y la visibilización, esa ha sido Marina. Desde bien pronto anunció que ella es bisexual y que su novio Bast es un chico transexual, actuando como improvisada maestra, en la Academia y para todos los que estaban en casa, sobre el uso del género neutro y el reconocimiento de los géneros no binarios. Es curioso lo del género neutro pues es a la vez poco espontáneo pero más inclusivo, denostando que lo natural en el lenguaje es ser reduccionista.

“Hay que ser solidario e intentar pensar un poco más en los demás. De hecho, yo odiaba el género neutro y no lo entendía. Es más, yo siempre he generalizado en femenino, siempre. Cuando él salió del armario como género no binario, también salió mi mejor amigo, y empecé a indagar más sobre este tema y a darme cuenta de que realmente hay personas que se sienten así. ¿Quién soy yo para decirle a nadie cuál es su identidad? No soy nadie. Aquí fue cuando me di cuenta de que tenía que empezar a incluirlo en mi lenguaje y ahora sé que es una de las cosas por las que más se me odia”, afirma la sevillana.

“Las personas creen que
somos suyos.
Esto me repatea
muchísimo”

Una mueca con pretensiones de sonrisa dibuja su rostro. Es casi dolorosa. Pero sus preciosos ojos claros, envueltos por la cálida luz primaveral que rebaja su color, no mienten y se niegan a acompañar la forzada expresión. Marina es de esas personas rotundas y radicales, es casi categórica, con pocos matices de gris. No entiende las medias tintas. Por un lado, esto la dota de un halo de seguridad probablemente más espontánea que concebida. Con todo, útil, pues sin duda, favorece la ficción de una armadura contra las críticas y burlas. Es más una reverbera-

Marina Fernández

ción inconsciente que la instrumentalización de una circunstancialidad para proyectar firmeza. Si bien, es esa misma disposición la que actúa como evidencia cuando se muestra disconforme.

No puede contener una risotada irónica cuando es preguntada sobre su seguridad. “No, tristemente no. Quizás es la imagen que doy, pero todavía me queda muchísimo, muchísimo, muchísimo, para ganar confianza en mí misma. Por ejemplo, a la hora de subirme en un escenario yo creo que ahora soy mucho más segura que al principio, pero a la hora de hacer algo y saber que me van a juzgar, me da mucha ansiedad. Realmente soy una de las más odiadas de mi edición y no sé por qué. No soy la más odiada, porque no, pero sí es verdad que, en mi caso, por cada 10 seguidores buenos que tengo, otros 20 son haters”.

Su mano que acariciaba con vehemencia una de las esquinas de la mesa ahora se dirige hacia su corazón sobre el que se posa, afianzando la franqueza de sus palabras. Ciertamente se manifiesta sincera sobre su desconocimiento de las causas que provocan esa situación. No lo merece ni cree merecerlo. De inmediato, sus cejas arqueadas por la incertidumbre se constriñen y se inclina sobre la mesa con la intención de desvelar un secreto. “Las personas creen que somos suyos. Esto me repatea muchísimo. El hecho de que se crean que pueden decirte cómo tienes que ir vestida, cómo debes ponerte el pelo, de qué color, cómo tienes que ir maquillada, cómo tienes que ponerte y comportarte... Que sí no te maquillas, porque no; que si sí, porque sí; que si usas esas ropas te ves muy gorda, que si no usas esa ropa es que no te estás empoderando... Es como, por favor, fin. No me da la cabeza para tanto. Son todos muy majos. Lo único que pasa es que hay algunos que están... Es horrible”.

Y todo sin considerarse famosa, solo alguien a quien conoce la gente porque ha salido en la televisión, admite abriendo los ojos con incredulidad. Marina ni siquiera intuye con exactitud el número de personas que la siguen en redes sociales, que por cierto, supera las setenta mil. Tampoco parece interesarle. Se diría que el espejo le devuelve todavía la imagen de aquella fan, y que solo de vez en cuando, consigue vislumbrar el destello de un gran talento que al resto deslumbra con nitidez. “Soy muy consciente de lo que implica ser seguidor porque yo soy muy fan de todo, soy fan loca, bueno tampoco, bueno sí, un poco”. Se corrige jocosamente Marina, mientras Bast asiente repetidamente en un

gesto casi exagerado. “Entonces, tengo las dos partes. Sí que es verdad que me he dado cuenta de una cosa que hacemos mucho los fans, que es que nos creemos que esa persona es nuestra y los tenemos idealizados. Cuando no es verdad, se equivocan y son como nosotros y ya está. Ahora es cuando sé lo que puede llegar a agobiar y, a la vez, ser bonito. Nos pasó en Zaragoza, y era precioso, porque lo es, pero hubo momentos en los que era un poco agobio pensar en las muchas personas esperándote, mientras tú estás en el hotel calentita, a tu bola y sabiendo que ellos están pasando frío fuera. Es algo... Como que no distanciamos... De hecho, el otro día fuimos a ver a Sam Smith a Madrid y le dije a Bast que fuéramos a la puerta del hotel porque me quería hacer una foto con él y justo cuando lo dije, pensé: “mejor, no. Ese es su momento de intimidad y no soy nadie para romperlo”. O sea, yo lo veo en el concierto y demás, y ya está. Es algo de lo que me he dado cuenta ahora”.

No se espera de alguien tan joven ese nivel de prudencia y sensatez que solo da la experiencia. Y eso es precisamente lo que atrapa de Marina. Sus dotes para, lo que denomina “el arte más bonito y puro que existe”, se dan por sentado, no solo por la arbitrariedad metafísica que le concedió un don especial para cantar, sino también por el tesón demostrado en la superación de unos estudios superiores en música. La triunfita es mucho más, es reivindicación, es lucha social, es controversia y la prueba viviente de que las generaciones más jóvenes no están perdidas. Es una maraña de indecisión, de dudas, de desasosiego adolescente, que encuentra en la entropía el equilibrio. Es vulnerable a las opiniones de los demás, sobre todo cuando son crueles, pero con menos de veinte años ya entiende que lo jodido de estas no es que jodan, sino que te jode que te importen. Incuestionablemente, esto pudiera esclarecer la mayoría de su posicionamiento en redes: si le dicen gorda, sube una foto semidesnuda.

“Me da mucha rabia también el hecho de que llevo desde que entré diciendo que un cuerpo normativo no es lo mejor, que también existen otros tipos de cuerpos... Y que, joder, hostia, existimos mujeres gordas... No todo va a ser por salud. Hay mujeres gordas porque son así y punto y pelota. No hay más. Y el hecho de que se me criticara mucho por un vestido... Hubo muchísima gente cuando puse el tweet en Navidad que estuvo a favor y fue precioso, pero también hubo mucha otra que... Y Aitana en cuanto subió la foto todo el mundo la apoyó diciéndole que tiene un cuerpo precioso. Claro que tiene un

cuerpo precioso, es un cuerpo normativo, tiene un cuerpazo, pero es un cuerpo normativo que entra perfectamente dentro de los cánones de belleza. Que se critique también eso... ¿Qué es lo que queréis?”.

Indignada, Marina continúa con la misma pesadumbre. Como si la “empollona” fuese consciente de que aún es su asignatura pendiente. “Yo no soy capaz de gestionar eso. A mí todavía me queda muchísimo que aprender sobre seguridad. Últimamente ponga lo que ponga, haga lo que haga, respire de la manera que respire, va a haber muchísima gente que me critique, cuando realmente quizás no es nada malo”. Es perceptible que intenta acostumbrarse a esta situación. En el mundo de las redes sociales, de los *black mirror*, el anonimato efectúa una máscara idónea para verter todo tipo de juicios de valor sin filtro. Marina lo sabe, incluso conoce la existencia de un sitio web concreto que recoge todos estos comentarios. “Hay gente que cree que no sé que si escribes ‘Marine’ en el buscador de Twitter, ahí es donde se me odia y se me critica”. Su expresión oscila entre la condescendencia, el asco y el hastío en el momento en que rememora aquel impulso curioso que la llevó a revisar esos tweet, recogidos bajo ese odioso juego de palabras mediante su nombre y el uso del género neutro. A pesar del mucho esfuerzo que invierte en desoír esas voces, parecen no dejar de torturarla.

“Creo que tener haters es
importante porque si no los
tienes es que no estás
haciendo algo bien”

“A ver, no te voy a mentir, sí que me he equivocado”, reconoce refiriéndose a la gestión que, en ocasiones, ha hecho de sus redes y asumiendo los juicios derivados de esta. Es habitual, sobre todo entre los jóvenes, utilizar estas vías para dar rienda suelta a sus inquietudes, sus ideales, incluso usarlas para buscar complicidad o intentar orientar a sus seguidores. No es de extrañar que, en ocasiones, protegidos por el entorno digital, se tomen estas luchas demasiado en serio. ¿Quién no se ha movido alguna vez por una irrefrenable fuerza que le lleva a matizar a golpe de clic la opinión de un amigo en Facebook? Si bien, para Marina la clave está en las formas. La

reprobación es sustancial para ella pero “insultando a una persona no haces que se retracte ni que reflexione sobre sus ideas. Por eso es importante la crítica aunque no sea constructiva”.

También lo son sus opositores. “Haters gonnahate”, suele decir la irreverente Miley Cyrus, y la sevillana no se olvida de recordarlo. “Creo que tener haters es importante porque si no los tienes es que no estás haciendo algo bien”. Por supuesto, con matices, no está desencaminada. Es posible que algunos hayan podido ofenderse con sus manifestaciones o acciones a lo largo del programa, mas, la joven cantante lo tiene claro, lo único que no es tolerable es la intolerancia. De esta forma, ha construido una relación de amor-odio con las redes sociales. “No sé si me agobian o si me gustan. Es muy guay tener a la gente tan cerca y poder comentarlo todo e interactuar con ellos. Pero es muy agobiante el hecho de que es un trabajo real que requiere 24 horas, todo el tiempo. Quieras o no, no desconectas. De hecho, mi representante es *youtuber* y, al principio, me decía que no iba a tener días de vacaciones. Es increíble cómo no desconectas del todo, ni puedes hacerlo. No puedes decir voy a estar un día sin móvil, porque es imposible, hasta al WhatsApp te llegan cosas del trabajo. Eso, y todas las críticas, es lo que me agobia un poco más, pero por la otra parte es tan bonito...”.

Al otro lado de la mesa Bast, que desde el principio la observa con admiración, pone los ojos en blanco al escuchar el nombre de la cantante estadounidense. Es obvio que no le gusta y con tono socarrón lo hace saber. Examinando con escepticismo la expresión guasona del muchacho, Marina se apresura a explicar que cuando se conocieron “él pasó de ella” por la referencia musical que la triunfita hacía de Cyrus. Ambos bromean y por primera vez, Marina se muestra despreocupada y se desliga de su faceta más pública.

Viene midiendo sus respuestas, controlando el pulso de la entrevista a fin de ser sincera pero correcta. Sin embargo, con el joven la conversación es más grata. No hay lastre, ni reproches, ni opiniones no pedidas al recordar cómo se conocieron. Es su sonrisa más sincera. Sus ojos se entrecierran, presionados desde abajo por dos pronunciados pómulos acentuados por la risa. “Nos conocimos por un grupo de WhatsApp. Súper raro todo pero por un grupo de Whatspp. A ver, yo lo conocía de Twitter. Él no me hacía ni puto caso. Era mi *crush* máximo en la vida pero él no me hacía ni puto caso. Y un día... Es

Marina Fernández

que fue tan gracioso... Un día nos metieron en un grupo de WhatsApp a la vez. Fíjate, yo no doy mi número de teléfono nunca, a nadie, pero no sé por qué, ese verano estaba súper aburrida, y se lo di a mi amiga en plan, mira, si vas a hacer un grupo méteme. De pronto, vi que estaba y yo me hice la tonta y la loca. Por fuera estaba: “Ah, creo que me sueñas de Twitter”, pero por dentro era cómo: “¡Oh, Dios, mío! Luego, cuando pasaron unas semanas, él dijo algo que yo compartía y le dije que estaba de acuerdo. Había mucha gente hablando, y de pronto dijo: “Te voy a hablar por privado”. Y yo pensado que ojalá fuera a mí y no a los otros. Y me habló, y literalmente, desde entonces, desde ese día, hablamos todos



los días, a todas horas. De hecho, en ese verano nos llamamos muchísimo por Skype. Nivel, empezar a las seis o siete de la tarde y acabar a las seis o siete del día siguiente. Que ya era en plan: por favor, vámonos a dormir”.

Durante su trayectoria en el éxito televisivo, su novio ha sido uno de los grandes protagonistas de la edición. Tristemente por el reiterado uso que se hizo de un beso entre ambos y puede que por la sorpresa de muchos espectadores al ver un referente tan claro del colectivo LGBTIQ+ en el prime time de Televisión Española. “A mí me han llegado a preguntar si ese beso era pactado, y yo pensando: Me estás vacilando... Una

vez fuera fui muy consciente de lo que había supuesto el beso. Lo que me da mucha rabia es que a día de hoy se siga mostrando como lo máximo que yo he hecho en mi vida. Cuando primero, y principalmente, no lo es. Segundo, y sigo lo dicho por Roberto Leal en sus redes, seis meses después, que el beso siga siendo noticia, quizás implica que tanta visibilización no le estamos dando. Yo soy partidaria de la visibilización que ha desencadenado el beso y de todo lo que ha supuesto para muchas personas y estoy muy orgullosa de ser una de las partes. Pero también es verdad, y me doy cuenta, que si le seguimos dando tanto bombo a ese tema, estamos impidiendo que se normalice”.

Su otro gran pilar: su madre. Marina define el feminismo desde un punto de vista radical, “es la lucha por el empoderamiento de la mujer, eso lo tenemos que tener clarísimo. No es la lucha por la igualdad, es empoderarnos todas, deconstruimos, destruir el sistema patriarcal en el que vivimos. Sí, realmente terminar con ese punto machista que tenemos todos”. Con su madre no siempre coincide, especialmente en estos temas. Seguramente porque las separan los años suficientes para que una cuente con el cinismo, el racionalismo y el relativismo de la edad, mientras que la otra vibre con la imprudencia, el idealismo y el romanticismo de la juventud. Y, sin embargo, sitúa en ella el centro de su inspiración. “Mi madre es una luchadora innata. Me ha enseñado que somos iguales, que nadie es superior a nadie. Entonces yo creo que si lo mamas desde pequeña... Yo en casa no he visto eso, he visto lo contrario, pero mi madre siempre procuraba guiarnos en esa línea”.

“Hay que salir a la calle, hay que reivindicar que existimos, que joder, estamos en 2018”

En efecto, nunca lo vio en casa, y tampoco en el colegio. “Yo en tercero de la ESO no había salido del armario. Pero mi mejor amiga era de Tenerife y sí que teníamos una especie de relación rara a distancia. Unas niñas de mi clase se metieron en mi Twitter, empezaron a fisgar y encontraron a Ainoa. Se dieron cuenta de que ella era bisexual. Durante más de un mes a mí no me hablaba nadie, pero nadie de mi instituto entero. Y yo no entendía nada. Me acuerdo de una amiga, esto fue lo que más me dolió. Era una de mis mejores amigas. Todas las mañanas, estuviese yo en el punto que estuviese de la clase, ella entraba y me daba dos besos. Después de ese día, no me los dio. De hecho, me esquivó para no pasar delante de mí. Yo no entendía qué estaba pasando. Un mes después, otra chica se acercó y me preguntó si era bi. Yo en ese momento no sabía ni lo que era, y contesté muy segura que no. Le pregunté que por qué y me contestó que lo habían dicho en clase y que si estaban raros conmigo era por eso”, relata la joven cantante.

Un espasmo cierra ligeramente su ojo derecho. La dirección de la luz ha cambiado y sus ojos son ahora algo más oscuros. De nuevo dolor, de nuevo resignación, y de nuevo capacidad de su-

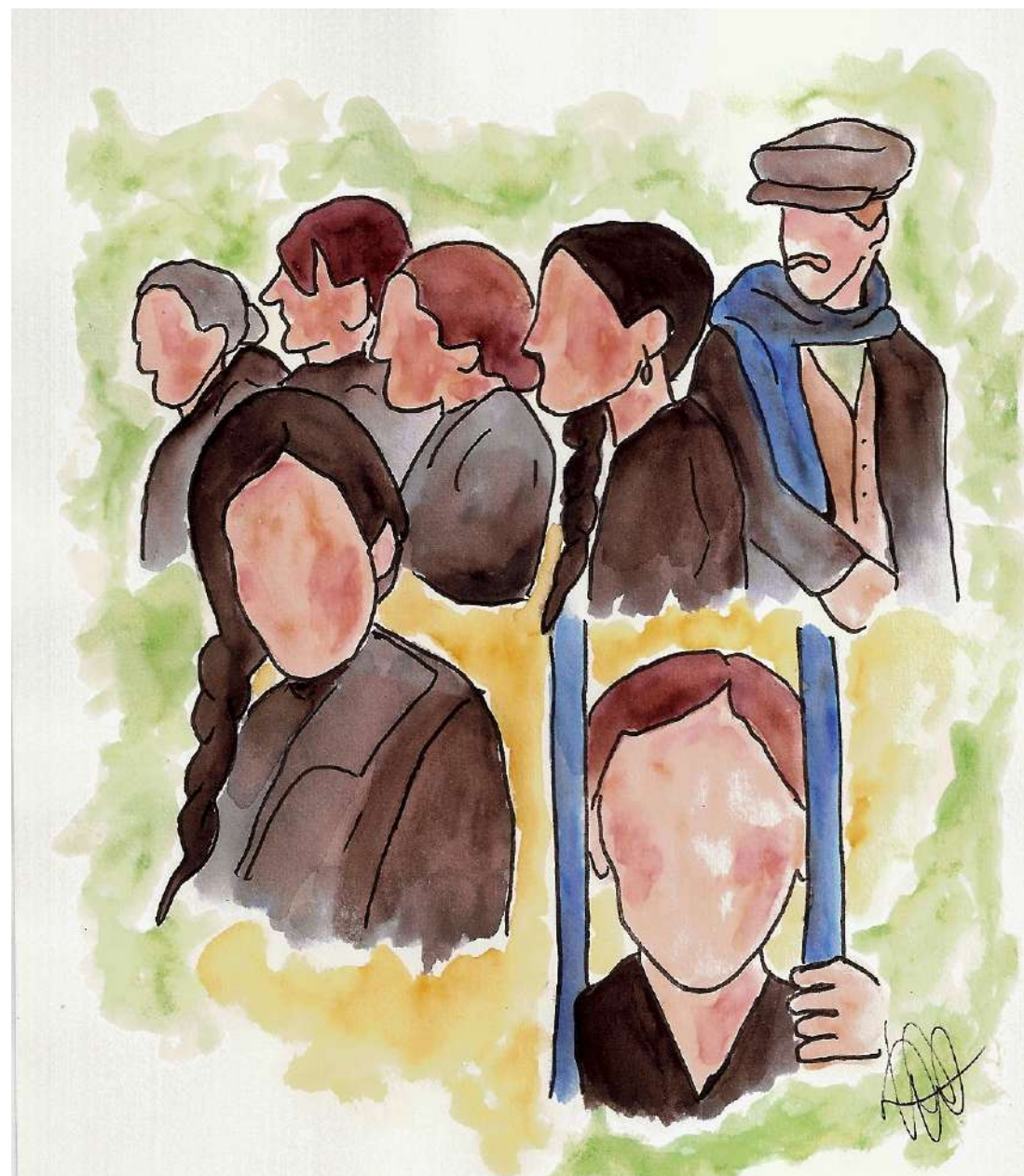
Marina Fernández

peración. Marina también es una luchadora innata, se parece más a su madre de lo que cree. El tiempo pone a todo el mundo en su lugar, a todos se nos presenta la oportunidad, al menos una vez en la vida, de ser mejores que aquellos que nos hicieron sufrir. No todos la aprovechan, Marina sí. Ni siquiera quiere apuntar el nombre de esas compañeras, “porque tampoco sería justo que a raíz de esto se echasen contra ellas”. A estas alturas, a nadie le resultará raro escuchar que una vez consciente de su identidad sexual, tuviera miedo de expresarla. A su madre le escribió una carta, “y sin más... Muy bonita, por cierto, pero a groso modo era en plan ¿y qué quieres que te diga? ¿Quieres una chapa o algo? Bien por ti”.

Desgraciadamente las reacciones suelen oscilar más entorno a la primera experiencia de Marina, que a la segunda. Quizás porque la forma en la que quiere una madre, incondicional, leal, absoluta y sin límites se antepone a cualquier otra circunstancia. ¿Y por qué no querer todos así? La clave está en apreciar al otro justo de esa manera, igual que una madre quiere a un hijo, reconociendo el hecho de que precisamente que todos somos diferentes, es lo que nos hace iguales. La lucha feminista, la lucha del colectivo LGTBQ+, la lucha racial... Todas convergen en un río de intolerancia. Todas suponen que existen determinadas circunstancias inherentes a ciertas personas que las hacen, por sistema, inferiores a otras. “Nos merecemos un día del Orgullo LGTB. Nos lo merecemos, es nuestro espacio seguro. Estas rodeado de gente LGTB y no te va a pasar nada. Creo que es un día muy importante porque es como el 8-M. Hay que salir a la calle, hay que reivindicar que existimos, que joder, estamos en 2018. Que ya no estamos en la prehistoria, coño”.

Debemos poder hacer extensible ese espacio seguro del que habla Marina a cada casa, a cada calle, a cada barrio de cada ciudad, de cada país del mundo. Debemos poder hacer de la Alameda de Hércules una caja de música, no solo intemporal, también ecuménica. Que esa atmósfera de confianza, de inclusión, de felicidad, donde un señor mayor puede tomar un café irlandés a las ocho de la mañana mientras dos chicas transexuales corren con resolución en dirección a la Facultad de Comunicación, donde convergen veganos y taurinos, donde debaten feministas liberales y radicales, sea de todos, para todos y esté presente en todas partes. Para que, con un poco de suerte, llegue el momento en que revistas como esta no tengan ningún sentido.

Leer mientras escucha "Freaks" de Ruth Lorenzo



“La voz dormida” película del director andaluz Benito Zambrano

- Humildad de sobrio telón -

MARIANA CORDERO

“La gente ahora se queja de los inmigrantes y no se acuerdan de que nosotros lo hemos sido”

Acaba de aterrizar en Sevilla tras cerrar el curso antes de las vacaciones estivales con un lleno absoluto durante dos meses gracias a la representación de “El concierto de San Ovidio” de Vuero Vallejo en el Centro Dramático Nacional. Esta actriz que desplegó sus alas por el mundo de la interpretación cuando España se encontraba bajo la sombra del franquismo, ha salido en los créditos de multitud de películas y series importantes de la ficción nacional. Su carácter tenaz y sensible al arte le ha hecho alcanzar grandes éxitos.

POR
LUIS MIGUEL ROJAS NAVAS



Mariana Cordero

Las leyendas urbanas aseguran que Mariana Cordero es una mujer maravillosa, pero con mucho carácter. No cabe duda de esto último. “Estoy aquí, porque de vez en cuando cedo, pero no me gustan las entrevistas, que quede claro”, empieza. La primera toma de contacto con esta respetable actriz ha sido similar a cuando la persona que te gusta da rienda suelta a su sinceridad en una primera cita. Un “no me gusta el perfume que llevas” suena aplastante, abrumador, ruborizante y te lleva a pensar que, quizás, hayas cavado tu foso desde el minuto uno. A pesar de ello, no hay que ser alarmistas. De esta mujer de rostro adusto ha emergido una sonrisa conciliadora, así que se puede decir que la cosa va viento en popa a toda vela. Mariana es andaluza de adopción. Oriunda de Villafranca de los Barros (Badajoz), esta extremeña ha fortalecido sus raíces más al sur de la península. Se considera amante de su tierra natal, de su gente y del carácter extremeño, pero la vida académica la arrastró a ella y a sus hermanos, hasta el punto de que toda su familia reside hoy en Sevilla.

En los alrededores de los Jardines de Murillo, se respira tranquilidad pese al estrépito sonido de una amplia avenida que se abre paso a un lado de esa concepción bucólica y evasiva del parque. Si bien el tráfico está tranquilo, se nota que es sábado y el ritmo rutinario se apacigua. La gente está más descansada y los veladores

más llenos. Sevilla es una indiscutible ciudad de veladores y a pesar de que la normativa burocrática actual oprime a las terrazas, se palpa la resistencia. Dos abuelos juegan al dominó a la vista de gente que pasa por el lado y los mira como si estuvieran presenciando una escena del medievo. Entre tanto, un pequeñajo implora a su madre que le compre un paquete de golosinas en el quiosco de prensa. En este, la montaña de periódicos de *ABC* y de *El Correo de Andalucía* casi ni existe. Aún quedan madrugadores que siguen siendo fieles a la cita con el papel. Quien no descansa hoy por ser sábado, aparte de los camareros, es el vendedor de aceitunas. Gordal, hojiblanca, perchil... todo un compendio de aceitunas de mesa aptas para acompañar a la cerveza del mediodía. No obstante, en el bar de enfrente, donde empieza la Puerta de la Carne, Mariana prescinde de cervezas y aceitunas. Quiere un refresco “si es de botellín o de lata, si es de barril no, por favor”, aclara al camarero.

Educada, pero con tono seco. Sus gestos bucean en una dualidad constante entre la cercanía y la lejanía con el desconocido y despierta cierta sensación de coraza autoimpuesta en el primer contacto. Es el claro ejemplo de persona que con varios años echados a las espaldas no muestra reparo, simplemente fluye, es auténtica. Se nota que sabe de técnica, que entiende de colocar el cuerpo, porque las tablas del teatro se han encargado de ello. Siendo honestos es complicado saber que son 68 años los que se ocultan tras una mujer con blusa primaveral, tejanos y de pasos joviales que la hacen presumir de seguridad. Una mujer que pisa fuerte. A través de unas gafas rojas de corte moderno, sus ojos hablan por sí solos en tanto que muestran a una mujer que ha vivido multitud de experiencias con las que ha disfrutado y también con las que ha caído. “Pero siempre me levanto”, dice. No cabe vacilación alguna ante esa afirmación, pues por la mirada aguda de Mariana han pasado personas, hechos, logros y acontecimientos que han dibujado la historia y la cultura de este país.

“Sentí miedo. Miedo de los adultos, de mi madre, de no querer saber nada. Me acuerdo de pequeña presenciar el reparto de queso para esas familias que no tenían absolutamente nada. No fue el caso de mi familia, afortunadamente. Pero había miedo. Las denuncias eran constantes, el sinvivir de que te podían meter en la cárcel era el día a día”. Estremece escuchar hablar sobre la posguerra a esta mujer que nació diez años después de que España se quedara envuelta en la más absoluta oscuridad. Su tono se encuentra ahora entre la fina línea que separa la tristeza

de la impotencia y tiembla. Le tiembla el labio y zarandea sus manos porque quiere decirlo rápido para que pase. Cuando apenas articulaba palabra y su mayor aspiración era responder a las carantoñas del que por su lado pasaba, el ambiente gélido, pavoroso y desconfiado ensombrecía una de las etapas más añoradas de la vida como es la infancia.

En España fueron muchas las familias que durante algo más de cuarenta años sufrieron el yugo de la guerra y calor abrasivo de la dictadura. Cuando Mariana fue creciendo y tuvo uso de razón quiso poner, en la medida que podía, alguna solución a esto, o al menos hacer justicia de tal desmedida masacre. “¿Cómo viví la muerte de Franco? Yo pertenezco al Partido Comunista, con eso te lo digo todo. La pena es que se murió, que no lo echamos. Mucha gente se quedó en el camino. Pertenecí al Partido Comunista desde muy joven y no porque tuviera gran conocimiento del marxismo y del comunismo. Lo que tenía claro era que la dictadura había que quitarla de en medio y los únicos que vi trabajando por ello eran Comisiones Obreras y el Partido Comunista, por eso me afilié. El día que legalizaron el Partido Comunista me despedí de compañeros de los que ni siquiera sabía el nombre porque era mejor no saberlo. Ahí cerré mi etapa en la política”. Cuando habla de esa etapa de compromiso con el futuro de España revela aires de orgullo pese a los sinsabores que puntearon el 23F. “Ese día fue de miedo y pánico. Me cogió por el Hospital Macarena y no sabía qué hacer. Si hubiese seguido hacia delante lo de Tejero, las cárceles se hubiesen llenado”.

“No quise saber nada más de política, aunque me han tentado varias veces, pero la política no es lo mío”

Pero si la vida es caprichosa, el mundo de la interpretación no se queda atrás y tenía que ponerle el reto de encarnar en el biopic de *El Rey* a la mismísima Carmen Polo. “Para mí fue muy difícil. Dije “¿cómo coño se hace esto si esta mujer es odiosa?”, pregunta mucho más seria de lo que a ninguno nos gustaría reconocer. Desde luego la extremeña no se corta ni le impone que el pilotito rojo de la grabadora esté en activo. Se ríe porque sabe que su sinceridad roza los límites y que además, su forma de decirlo aviva

esa risa complaciente. “Yo tengo un librero en Madrid que es maravilloso, Méndez se llama, y le dije que necesitaba datos e información sobre ella, se volvió loco porque hay poca información. Traté de leerme todo lo que podía sobre la relación con su marido, los trapicheos que se traía para hacer reina a su nieta, su relación con Arias Navarro y a través del conocimiento, comprenderla y tratar de hacerlo”. Ella tiene claro cuál es el deber del actor cuando se enfrenta a un personaje y no los esquiva por su complejidad pues siempre intenta percibir y entender por qué se mueven de una forma u otra.

Llegó al mundo de la interpretación en esa época convulsa para el país. Terminó su licenciatura en magisterio y con su petate a cuestas se vino a Sevilla a estudiar filosofía. Una hermana suya estaba por aquel entonces en el grupo de teatro independiente Esperpento. Una compañía teatral que surgió en torno a la Universidad buceando en las raíces andaluzas y adoptando diversas referencias y técnicas teatrales. “Fue una etapa maravillosa. Era la más pequeña y cuando la gente fue terminando las carreras, se fue yendo y nos quedamos un grupo pequeño de gente que decidimos quedarnos en el teatro”. Por esta particular compañía pasaron personalidades como Justo Ruiz Frutos, Pedro Álvarez Osorio, Juan Ruesga e incluso gente allegada a la política. Mariana recuerda con cariño su convivencia con Alfonso Guerra entre tramoyas, vestuarios y pilas de guiones. “Se metía conmigo mucho. Como compañero era genial e incluso ahora cuando lo veo me sigue recordando”.

Sin duda su paso por Esperpento la marcó tanto que podría formularse como un capítulo para una autobiografía, porque Mariana tiene carrete para revelar, aunque huya del reconocimiento. “En esa época era la única mujer. Hicimos gira por Europa con una furgoneta que se nos atasca cada dos por tres y tuvimos que venir haciendo dedo desde Berlín una vez. Íbamos a los centros de emigración y era muy bonito. Ellos viven en la verdadera pobreza. La gente ahora se queja de los inmigrantes y no se acuerdan de que nosotros lo hemos sido”, apunta con deliberación la actriz.

La extremeña busca cualquier resquicio de su discurso para denunciar injusticias que ve a su lado. Con el ceño fruncido y los ojos bien abiertos, Mariana denuncia sin importarle a quién se lleva por delante. Un señor de no más de 50 años pasa por su lado “estoy en paro y tengo tres hijos” reza en un cartel sucio y envejecido por el uso que acompaña a un recipiente



Mariana Cordero

con pocas monedas. Mariana lo mira, cierra sus párpados y los mantiene aprisionados durante unos segundos, no dice nada, solo niega con la cabeza. Nadie la juzga, tal acto está asumido en el común de la sociedad pues nadie sabe a quién le hace falta de verdad y quién usa ese pretexto para lucrarse o conseguir un bien no necesario. La actitud de Mariana es representativa, nadie puede atribuirle desdén, sino sentir tristeza. Están pagando justos por pecadores. “No quise saber nada más de política, aunque me han ten-

tado varias veces, pero la política no es lo mío. Ahora pienso que desgraciadamente dije que no, que era la gente joven la que tenía que dar el paso y en la calle están los pensionistas hoy”. El camarero revisa si falta algo en la mesa, “¿va todo bien por aquí?”. La extremeña no responde, pues tiene en mente algo que le ha quedado por decir. Su vaso sigue lleno, aunque ahora ha dado un sorbo largo. “Como iba diciendo, ¿otra vez están en la calle los mismos que se dejaron la piel y algunos la vida y que ahora alimentan

a los hijos de sus hijos? Desgraciadamente, yo tengo una hija de 32 años y no sabe de la misa la mitad, porque en los colegios no lo han enseñado, quizás los padres no les hemos enseñado... Somos muy individualistas. Antes estábamos todos más unidos. Esto lo da la televisión, la mierda de los móviles, el Instagram...todo eso es tremendo”.

Hablar de política la hastía y resulta clarividente porque suelta y recoge con genio en repetidas veces el bolso que tiene posado sobre sus piernas. Enlaza un argumento con otro como queriendo demostrar su impotencia y además despertar a los jóvenes que, a su juicio, necesitan un empujón en estos temas. Tiene delante a dos y se desahoga a la vez que coloca su bolso sobre el respaldo de la silla. Vivió la transición y la formación del bipartidismo e incluso el 15M y tiene una respuesta clara a la situación política por la que pasa España. “Veo un retroceso real. Veo unos sirvergüenzas, ladrones, imprementables que nos están representando. Lo que no sé, por qué estamos votando al PP. Veo a un PSOE, que no tiene claras las cosas. He cogido el coche y me he ido a vivir el 15M, porque yo creía en eso. He hecho 6 horas en coche para ir a una manifestación de Podemos y ahora mismo Podemos no está. A mí solo me interesa Errejón. Y veo a un Ciudadanos que va a ser, seguramente, peor que el PP. ¿Cómo es posible que Rajoy mienta y no pase nada?”.

En este momento, Mariana no era consciente de que el panorama político daría un vuelco tan solo unas semanas más tarde. En las portadas de los periódicos se barruntaba ya la moción de censura, pero no se le pasaba por la cabeza a esta extremeña que unos días más tarde España tendría otro presidente del Gobierno y regresaría al Consejo de Ministros la cartera de Cultura. “No les interesa la cultura. Ahora mismo hemos estado en el Centro Dramático Nacional con la obra *El concierto de San Ovidio* de Vuero Vallejo. Lleno diario, dos meses allí, día a día llenando el teatro y no se hace nada. ¡En el Centro Dramático Nacional! Aparte de eso, yo he cobrado siete días y he estado dos meses haciendo mi trabajo. Si tenemos un presidente que no ve películas, que no va al teatro, ¡solo le interesa el *Marca* y el fútbol!”. Su mano derecha la ha lanzado al aire enarbolando el mismo gesto que realiza el portero de algún garito invitándote sutilmente a salir. Dejando a un lado la cultura, denostan su trabajo y eso a Mariana le molesta mucho.

Esta actriz es sabedora del potencial del sur para albergar sets de rodajes. Los directores

de ficción y los de fotografía eligen Andalucía contando en primer lugar con todas las horas de luz que ofrece, además de su amplio legado patrimonial. Mariana ha venido en coche casualmente y ha recorrido espacios que han recreado ambientes de películas muy taquilleras a nivel nacional e internacional. Tras la entrevista va a aprovechar la tarde para pasear por su ciudad adoptiva, por lo que quería aparcar en cualquier zona céntrica. Ha pasado por la Plaza de España, aquel enclave que enamoró a George Lucas y que incluyó en el Episodio II de la saga *Star Wars*. Por esos pasillos que tantos turistas han fotografiado, tantos besos se han materializado y tantos visitantes se han congregado, se fraguó la historia de amor entre Anakin Skywalker y la princesa Amidala. Finalmente, la extremeña ha decidido dejar su coche en el Prado de San Sebastián, frente a esa Fábrica de Tabacos que albergó la naturaleza enigmática y libre de la Carmen de Vicente Aranda. Ha emprendido camino hasta el Puente de San Bernardo andando frente a los Jardines de Murillo. Entre sus árboles centenarios y sus piedras colmadas de leyendas, la historia reciente de este espacio guarda el ajetreo de los actores y el equipo técnico de un hito de las series de televisión como es *Juego de Tronos*. Igualmente, el barrio de San Bernardo cobijó la ópera prima de Benito Zambrano, *Solas*, que otorgó el Goya a Mejor Actriz Revelación a Ana Fernández, discípula de Mariana.

“Yo el primer día de clase decía que lo que les sirviera lo cogieran y lo que no, lo tiraran a la basura”

En efecto, Mariana es maestra de actores. “Yo creo que no soy maestra de nadie. Estamos a su lado para aprender de ellos y con ellos”. No es un alarde de humildad pues su gesto entona un “me da igual” entendible por todo aquel que la conozca y sepa que con ella no funciona la falsa modestia. Sin embargo, Mariana es conocida como la maestra de actores por una cantera de intérpretes que salió en los años 80 de aquel Centro Andaluz de Teatro del que fue profesora e impulsora gracias a la magia de Esperpento. Ana Fernández, José Luis García Pérez, Paco Tous o Paco León...Mariana habla de ellos con una sonrisa despierta, sin importarle ser menos mediática que ellos, en esta sociedad marcada

Mariana Cordero

por la visibilidad que otorga la televisión o la gran pantalla, relegando la profesión de actor a una industria cultural concentrada en unos pocos. “Algo de mí no llevan. Yo el primer día de clase decía que lo que les sirviera lo cogieran y lo que no, lo tiraran a la basura. No es una maravilla verlos, sino trabajar con ellos”.

Su hija Lara Grube también es actriz. A Mariana la noticia de que seguiría sus pasos seguramente le sentaría como un jarro de agua fría. Nadie quiere que un hijo se encuentre dificultades. Cayendo en el símil fácil, el oficio del actor es como una montaña rusa, lo mismo estás muy arriba que la caída puede ser en picado. “En la entrada del metro aquí en Sevilla, me preguntó un chico que si podía hacerse una foto, le dije que sí y me dijo “es que nunca he estado al lado

de un actor o actriz de verdad” y le dije “vete a Madrid, pásate por los bares y en cada bar hay un actor, tomate una cerveza y hazte una foto con ellos”. Esto es así y yo que he sido profesora de actores hay actores que son malísimos y están en la cresta de la ola y buenísimos que están en bares”.

“Yo hubiese preferido que hiciese otra cosa. Ella ha trabajado con los mejores directores, pero también ha estado dos años en paro. En este trabajo si paras y no estás al tanto, mueres”, manifiesta volviendo al tema de su hija. Mariana no ha podido evitar que su nimia coraza se desmorone en este momento. Esa actitud contenida en un gesto arisco se ha desecho tal y como se le encuentra a alguien su talón de Aquiles. Hablar de una hija son palabras mayores y el

sentimiento de protección arrasa con todo. Sus ojos, atormentados por el paso del tiempo, se tornan en una fina capa brillante. Se quedó viuda cuando Lara apenas había cumplido siete años y esta niña tenía un lazo de unión muy fuerte con su padre. Mariana, tras ahondar en el amplio abanico de soluciones posibles, decidió que la más acertada para ella en ese momento era dejar el teatro. “Dormía en casa de un amigo, la llevaban al colegio, luego la llevaban a un restaurante, comía lo que yo le decía. En cada sitio que estaba le mandaba un capítulo de un cuento que me inventaba para que ella lo recogiera en el correo y leyera. Los fines de semana la niña sola en un avión para ir a donde yo estuviese... A día de hoy sé por qué mi niña le tiene pánico a los aviones...”. Hace pausa, ese “mi niña” ha brotado de sus entrañas. Una madre comparte

con sus hijos alegrías, el dolor y la sangre, esa fuerza casi sobrenatural que la lleva a luchar sin descanso por su propia creación. Mariana está segura de que a tan tierna edad se han vivido emociones que también afectan al ser humano, aunque el cuerpo haya respondido de una manera distinta a como lo haría en edad adulta. Para ella el primer día de guardería es una sensación de abandono, por ejemplo. Es por ello que ella pueda pensar que todo el ejetreo al que sometió a su hija lo captara como tal. “Y lo dejé. Cuando Lara terminó Arte Dramático, volví y justo coincidimos en el Teatro Español, ella con Bold Wilson y yo con Natalia Menéndez. Los dos carteles juntos. Por las escaleras nos dimos la mano y dijimos, ahora sí, las dos juntas”. Esas tres últimas palabras han resonado dentro de su ser pues esa imagen sería el fotograma que cerraría una película de sinsabores, un final feliz para un camino de espinas que impiden desempeñar tu pasión porque hay otra aún más fuerte que te absorbe en ese instante.

“¿Qué pasa que solo puedo hacer de abuela? Cualquier hombre con 68 años se puede enamorar de una joven y no pasa nada en una película”

“Mi marido era actor también. Si yo estaba con este hombre era porque creía en sus ideales. Ahí no había hombre y mujer. Había padre y madre que se repartían todo”, afirma mientras da un sorbo a su refresco pues hablar sobre su hija le ha dejado un nudito en la garganta. “El 8 de marzo lo viví gritando con ellas. Me parece que las mujeres estamos avanzando de una manera brutal y acompañadas de muchos hombres. También es cierto que, para los hombres, que genéticamente tienen una predisposición a ocupar un sitio en la sociedad por lo que han mamao, les está siendo difícil aceptar el cambio. Pero en la manifestación había muchísimos hombres y eso es importante. No nos tenemos que achantar”. Considera que la naturaleza le ha otorgado a cada género una fuerza, una energía y unas características, pero que eso no es motivo para que la mujer esté relegada. “La palabra feminismo no me gusta. Yo soy mujer y tengo los mismos derechos y obligaciones que el hombre y voy a luchar por que así sea. El feminismo dicho en boca de unos significa una cosa y en boca de otros, otra.”



Mariana Cordero

Ahora bien, Mariana ve a su alrededor que la brecha salarial que marca un universo de diferencias entre hombres y mujeres, no es un invento mediático. “Eso está a la orden del día. Me consta. Además, no te van a decir cuánto ganan ellos. Tampoco quiero hacerlo porque me voy a cabrear. Y no solamente la brecha salarial yo tengo 68 años, ¿qué pasa que solo puedo hacer de abuela? Cualquier hombre con 68 años se puede enamorar de una joven y no pasa nada en una película, si es al contrario es una asaltacunas. Puedes ser funcionario, tu puedes ser abuela retirada en tu casa. Vargas Llosa está con la Presley, y no pasa nada. ¿Cuántos hombres mayores están con jóvenes? Pero al revés, todo cambia. ¿Dónde estamos, no?”. Tiene 68 años, pero es una mujer adelantada a su tiempo en toda regla y este diagnóstico no parte de que al recogerse el pelo se vislumbre en su oreja izquierda las cicatrices de dos pendientes más, aparte del común, sino en su comprometido discurso.

“Mi hija fue al teatro con una amiga y hubo alguien que la llamó bollera. Yo le hubiese dado un beso de tornillo a la otra”

Sin duda, esta mujer con carácter tiene otro punto que la hace maravillosa, su tolerancia. “Perdona es que todos nacemos bisexuales, si no fíjate en los griegos. Aquí hay muchos fachas y mucho homófobo”. Su frase perentoria está cargada de una rotundidad en su tono de voz que no admite réplica. No entiende la sexualidad en términos binarios. “Mi hija fue al teatro con una amiga y hubo alguien que la llamó bollera. Yo le hubiese dado un beso de tornillo a la otra, para que hablaran con razón”, ríe tímidamente de su propia ocurrencia. Trabaja con transexuales, homosexuales y bisexuales y en ningún momento ha sentido que tenga que mirarlos de forma distinta. “A la persona más bella que he conocido es mi peluquera que es una chica transexual.” De reconocer la belleza, Mariana sabe un rato pues su inquisitiva mirada encarna una actitud casi voyeurista cuando habla de la peluquera y cuando dice que trabaja con personas negras.

Porque ella reconoce la perfección de las cosas gracias a su amplio bagaje cultural. Mariana

es una devoradora de libros en toda regla. Los tiempos y las esperas en el teatro se hacen interminables por lo que la lectura se convierte en su gran aliada. Así, no teme decir que apenas le gustan las adaptaciones de los clásicos porque piensa que a las grandes obras no se les puede cambiar ni una coma. Y eso que por sus manos han pasado cientos de guiones que satisfacían sus gustos o delimitaban retos. Las tablas del teatro las tiene gastadas y las hemerotecas de las cadenas de televisión guardan una ristra de capítulos de series que han marcado un antes y un después en la ficción española. *Periodistas, Hospital Central, Los Serrano, Aquí no hay quien viva...* Todo son títulos aferrados a su memoria. No obstante, siempre hay títulos más latentes. “*Padre Coraje* fue bonita, porque era una historia real, porque estaba con Juan Diego que fue mi compañero en Esperpento y lo quiero mucho y porque estaba Benito Zambrano, que estuvo en el Centro Andaluz de Teatro y creo que es muy fácil trabajar con él, puesto que es un gran director y era una historia que conmovía mucho”.

Mira el reloj. “Me ha parecido de lo más entretenida esta entrevista”. En su rostro se dibuja una sonrisa jocosa mientras entrelaza sus dedos y se recuesta sobre sus manos en posición complaciente, como para querer seguir escuchando, escarbando en su pasado, viviendo su presente y dibujando su futuro, aunque un detalle la acabe desubicando. El ojo de la cámara. “No me gustan las fotos. No sé posar, mi hija sí lo hace divinamente”. Tres disparos, ella no quiere más.

Tiene prisa, pero no hace ademán de irse. Aquella mujer que llegó diciendo que las entrevistas no eran su mayor divertimento, sigue en la silla, con su bolso colocado en el respaldo. Seguramente por su cabeza no esté pasando que tiene tela para cortar siete trajes, como diría algún amante de las comparaciones espontáneas y para nada piensa que su vida es digna de reconocimiento, de alfombras rojas o de sobrenombres impuestos. Tan solo sabe de trabajo, de dedicación, de darle capotazos a las dificultades y abrazar con cabeza las alegrías. En su vocabulario no figura la palabra éxito, ni se asoma el concepto de reconocimiento. Solo sabe de trabajo y de coquetear un poco con la suerte. Nunca un “trabajad duro y que tengáis mucha suerte” había sonado tan bien.

Leer mientras escucha “Pequeña gran revolución” de Izal

“El andaluz no es un acento, es un castellano entre amigos”

Campaña publicitaria de la cerveza Cruzcampo

PRÓXIMOS RETRATOS

48



“Si no se llega a liar la de Dios y
me ponen a parir, nunca
hubiera pensado en mi
polémica”

49



“Os ha quedado un
campo de nabos
feminista precioso”

Dirección:
Marta Méndez y Luis Miguel Rojas

Coordinador:
Isaac López

Editor gráfico:
Luis Miguel Rojas

Redactores:
Marta Méndez y Luis Miguel Rojas

Diseño y cierre:
Marta Méndez

Colaboradores:
Irene Villarín

Redacción:
662628673

Correo electrónico:
redaccion@retratos.com

Dirección:
Avenida José Laguillo, 18A
41003 (Sevilla)

Imprime:
Gráficas De Diego

Foto de sumario de Paco León extraída de:
Fernando Marroquín/Netflix

Foto de sumario de Leticia Dolera extraída de:
En el patio de butacas

Agradecimientos

Encarnación Tarancón y Tomás Méndez
Pilar Navas y Rafael Rojas
Isaac López

*Hecha de
Andalucía*

